BIBLIOTECA ESOTÉRICA

Desde el primer día de la Creación y hasta el final de los tiempos existe una Comunidad de la Luz dispersa por el mundo, pero gobernada por una Verdad y unida por un Espíritu. Se trata de la Iglesia Interior, inmortal y pura, que ha de ser honrada en el corazón, distinta de la iglesia exterior, temporal y controlada por los intereses de los hombres. Sin embargo, la observancia de la religión exterior es un medio para entrar en la verdadera Iglesia Interior. Muchos de sus símbolos y ceremonias representan las diversas operaciones de Dios sobre el alma del hombre.

En este libro extraordinario, una verdadera joya bibliográfica, el conde Lopoukine desvela algunos de los secretos de esta Comunidad de la Luz que desde nuestro primer padre se esconde de las pompas y de la vanidad de este mundo.

84-7720-771-2



Diseño de la portada: Michael Newman

CONDE LOPOUKHINE LA IGLESIA INTERIOR

BIBLIOTECA ESOTÉRICA

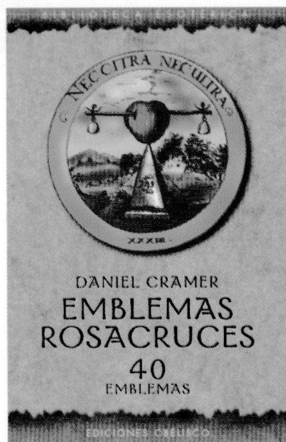


CONDE LOPOUKHINE

LA IGLESIA INTERIOR

La comunidad de la Luz

EDICIONES OBELISCO



Los *Emblemas Rosacruces* de Daniel Cramer son uno de los primeros tratados rosacrucianos. Este sorprendente "libro mudo" vio la luz sólo un año después de la publicación de *Las Bodas Alquímicas de Christian Rosacruz* y pronto alcanzó gran fama en los cenáculos y las logias.

Centrados en el simbolismo del corazón, los 40 emblemas parecen describir un proceso de purificación y perfeccionamiento que atraviesa el alma o el hombre interior a través de 40 pasos.

Daniel Cramer, pastor protestante, fue un gran conocedor del contenido esotérico de la Escritura. Cada uno de los emblemas va acompañado de un cita bíblica y está comentado por el autor. Absolutamente desconocido por el público de habla española, este pequeño tratado es una verdadera joya del auténtico esoterismo cristiano.

CONDE LOPUKHIN

LA IGLESIA INTERIOR

BIBLIOTECA ESOTÉRICA

CONDE LOPUKHINE

LA IGLESIA INTERIOR



BIBLIOTECA ESOTÉRICA

Colección Biblioteca Esotérica
La Iglesia Interior
Conde Lopukhine

1ª edición: julio de 2001
Traducción de Carmen de la Maza
Diseño cubierta: Michael Newman

Edita: Ediciones Obelisco, S.L.
Pere IV, 78 (Edif. Pedro IV) 4ª planta 5ª puerta.
08005 Barcelona - España
Tel. 93 309 85 25 - Fax 93 309 85 23
Castillo, 540, Tel. y Fax 541-14- 771 43 82
1414 Buenos Aires (Argentina)
E-mail: obelisco@airtel.net

Depósito Legal: B. 31.758 - 2001
I.S.B.N.: 84-7720-771-2

Printed in Spain

Impreso en papel offset-F ahuesado de Leizarán, España, en los talleres gráficos de Romanyà / Valls, S.A. de Capellades (Barcelona)

Prólogo

El curioso opúsculo que hoy presentamos nos sería totalmente desconocido si no fuera por un gran admirador suyo, Karl von Eckartshausen, que escribió a propósito de él: «He leído una traducción francesa de este libro precioso y lleno de verdadera sabiduría compuesto por el senador Lopukhine...»

Sin duda, ha sido Von Eckartshausen quien, en su época, escribió con más claridad a propósito de la misteriosa Iglesia Interior, *esta comunidad de la Luz que existe desde el primer día de la Creación del Mundo y que durará hasta el último día de los tiempos.*

A él recurriremos, pues, para presentar algunas de las ideas que aparecen en el tratado de Lopukhine. En la segunda carta de su extraordinario libro *La Nube sobre el Santuario*[1], von Eckartshausen escribía:

Es necesario, mis muy queridos hermanos en el Señor, daros una idea pura de la Iglesia Interior, de esa Comunidad Luminosa de Dios que se halla dispersa por todo el mundo pero que está gobernada por una verdad y unida por un espíritu.

Esta Iglesia Interior es, en cierto modo, atemporal. Simbólicamente, podemos decir con Von Eckartshausen

1. *La Nube sobre el Santuario*, por el caballero Karl von Eckartshausen, traducción de Joan Mateu Rotger, Ediciones Obelisco, Barcelona 1995.

que existe *desde el primer día de la Creación del Mundo*. En ello coincide con nuestro autor, que afirma que *El primer suspiro de arrepentimiento de Adán fue, por decirlo así, el primer renacimiento de este rayo de luz que había brillado ya antes en él; se convirtió en la primera piedra sobre la cual está construida la Iglesia Interior de Dios en la Tierra.* (I-7)

La Iglesia Interior nació inmediatamente después de la caída del hombre, y enseguida recibió de Dios la revelación de los medios por los que la especie humana será elevada de nuevo a su dignidad y liberada de su miseria[2]. Observemos, con Lopukhine, que comienza con el primer suspiro de arrepentimiento. El arrepentimiento, si nos atenemos al sentido hebreo de esta palabra, supone la Conversión. (En efecto, *teshuvah* significa al mismo tiempo «arrepentimiento» y «conversión»).

El hombre, antes de la caída, era el Templo viviente de la Divinidad, y en el momento en que fue devastado, se proyectó por la Sabiduría de Dios el plan para reconstruirlo. En esa época comienzan los Misterios Sagrados de todas las religiones...[3]

Sabemos que la destrucción del Templo simboliza la Caída. Su reconstrucción, como es, como sostiene Von Eckartshausen la *Re-generación o la re-unión del hombre con Dios*[3], el objeto de los Misterios Sagrados de todas las religiones.

Pero, ¿dónde se enseñan estos misterios? ¿Quién puede proporcionarnos su conocimiento? La Iglesia Interior, escribe también Eckartshausen, *posee una Escuela en la que el Espíritu de Sabiduría instruye él mismo a quienes tienen sed de Luz.*

2. *La Nube, Op. Cit.* Pág. 36.
3. *La Nube, Op. Cit.* Pág. 96.

Nos encontramos aquí ante dos elementos de suma importancia: uno, que nuestro autor denomina «Espíritu de Sabiduría», y otro, al que llama «sed de Luz». Ambos se atraen y complementan. Louis Cattiaux comparaba esta misteriosa atracción con un imán cuando escribía que l*os que tienen sed y hambre de la vida de Dios están cogidos por la santa búsqueda como por un potente imán que ni siquiera les deja tiempo para volver la mirada hacia el mundo*[4].

Como las dos caras de una misma moneda, Iglesia y Escuela son inseparables. También en su *Mensaje Reencontrado*[5], Louis Cattiaux establece la diferencia entre la Iglesia Interior y las iglesias exteriores:

La iglesia de dentro, inmortal y pura por la unión de los santos en Dios, es la que debemos honrar en nuestros corazones y no la Iglesia de fuera, temporal y manchada por los hombres, la que debemos idolatrar en el mundo.

Louis Cattiaux resaltaba que *Los enemigos de Dios combaten contra las iglesias temporales, que son complicadas, múltiples, pasajeras y particulares. Los amigos de Dios combaten por la Iglesia espiritual, que es simple, única, eterna y universal; de este modo, todos trabajan para la unidad del Único*[6].

En lo que se refiere a la relación entre la Iglesia y la Escuela, este mismo autor apunta que *La revelación de la salvación de Dios comporta una Iglesia para perpetuar-la y una Escuela para enseñarla, y una no puede ir sin la otra, so pena de la desaparición final de ambas.*[7]

4. *El Mensaje Reencontrado*, XXXIV-47´ Editorial Sirio, Málaga, 1998.
5. *Op. Cit.* XXVI-15´.
6. *Op. Cit.* XXVIII-43.
7. *Op. Cit.* VIII-26´.

Tras la lectura de estas citas, nos podemos plantear muchas preguntas. Nos limitaremos a apuntar unas pocas.

¿Coincide forzosamente la Iglesia Interior con la exterior? Obviamente, no. Una es temporal, contingente, sometida a las limitaciones de la materia, mientras que la otra es espiritual y universal, *gobernada por una verdad y unida por un espíritu* y existe desde el principio de los tiempos.

¿Se pueden separar Iglesia exterior e Iglesia Interior? Según Eckartshausen, la existencia de una Iglesia Interior no dispensa de estar religado a una Iglesia exterior: *Todo lo que la Iglesia exterior posee en símbolos, ceremonias y ritos, es la letra cuyo espíritu y verdad están en la Iglesia Interior*. Una y otra son, pues, inseparables.

Hemos visto que esta Iglesia comporta una Escuela. Pero, ¿cuál es el objetivo de esta escuela? Según Cattiaux, *enseñar la revelación de la salvación de Dios*. Sin embargo, Von Eckartshausen parece ser más explícito cuando declara en su obra *Sobre los misterios más ocultos de la Religión* que pertenece a *una escuela que enseña a separar la esencia divina que hay en el hombre del principio grosero de la materia*. (Cattiaux también alude a ello[8] cuando dice que abstenerse del veneno mitigado es propio de los santos, pero separarlo es el trabajo del Sabio.) En varios de sus escritos Von Eckartshausen nos enseña que el objetivo de esta Escuela es *abrir nuestro* sensorium *interior*.

La separación es el comienzo del trabajo secreto que conduce a Dios... —escribe Louis Cattiaux—pero no basta con separar, hay que saber operar el sagrado misterio de la Unión que sólo es posible con la Bendición de Dios. Si bien separar puede ser un comienzo, también puede ser un final, un final poco exitoso.

8. *Op. Cit.* VI-39.

¿Pertenece la Iglesia Interior a una sola religión o está, por decirlo de algún modo, por encima de las religiones?

«La idea de Iglesia Interior —escribe Antoine Faivre, sin duda el mejor especialista mundial en la obra de Von Eckartshausen—, desemboca en un ecumenismo. Sólo hay una religión cuya verdad simple está dividida en varias ramas; pero estas ramificaciones nos dirigen a un tronco único.»

Porque, como escribe Von Eckartshausen, el culto exterior es una representación simbólica en forma solemne de las verdades interiores, de las verdaderas relaciones del hombre con Dios antes y después de la Caída y de su reconciliación más perfecta.

JULI PERADEJORDI

Reseña Histórica

Este libro, del que el famoso Eckartshausen dijo: «Un libro precioso y lleno de sabiduría»[1], fue compuesto en ruso. Fue escrito muy de prisa en Moscú, en 1789, y a menudo su autor, paseándose por el jardín del Conde Razoumoffsky (que entonces era público), lo escribía a lápiz. Después de siete capítulos no pudo continuar: la facultad, por decirlo así, de tratar sobre el asunto, le abandonó y no pudo terminarlo hasta finales del año 1791.

Este libro fue impreso en Rusia por primera vez en 1789, en San Petersburgo. El autor añadió un capítulo titulado: «Exposición abreviada del carácter y de los deberes del verdadero cristiano, etcétera», texto que extrajo, con algunos cambios y notas necesarias, de la obra que había escrito anteriormente, cuya traducción francesa fue impresa en Moscú y después en París en 1924, bajo el título de: *Catecismo moral de los verdaderos F.M. 5790,* y que se encuentra también en su obra titulada *Caballero espiritual.*

1. «He leído una traducción francesa de este libro precioso y lleno de verdadera sabiduría, compuesto por el senador Lopoukhine en Moscovia, y haré imprimir de él su traducción en alemán.» (Carta a Plescheyff, 1801.)

Al editar su libro de la Iglesia Interior, el autor hizo algunos cambios, sobre todo al comienzo. El manuscrito fue conocido por el pequeño número de amigos a quienes iba dirigido de una manera particular. En 1789 se editó en San Petersburgo la versión francesa de esta obra; esta traducción, hecha por un hombre tan docto en letras como en el tema tratado y bajo la supervisión del autor, es la que publicamos de nuevo ahora.

Esta misma traducción fue impresa en París en 1801, acompañada de un cuadro alegórico representando el Templo de la Naturaleza y de la Gracia confeccionado por el mismo autor.

Este cuadro fue grabado en Moscú sobre una superficie amplia con la explicación de su autor escrita en ruso; después se hizo una segunda edición en Londres con la explicación en francés (que ocupa el último capítulo de este libro), igualmente grabada sobre una superficie amplia. Aquel mismo año, 1801, se volvió a editar en San Petersburgo la versión rusa original de esta obra, teniendo el susodicho cuadro como frontispicio.

En 1803 y 1804 el doctor Ewald, tan respetado por sus obras teológicas, después de traducirla al alemán la incluyó en su periódico conocido bajo el título de *Christliche Monatschrift*.

En 1809 la traducción del doctor Ewald se imprimió de nuevo en Nuremberg, en encuadernación separada.

Capítulo I

Del Origen y Duración de la Iglesia Interior

«Jesucristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, a fin de santificarla después de haberla purificado en el Bautismo por la palabra, para hacerla aparecer ante él llena de gloria, sin mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa e incorruptible.» (*Efesios* V, 25-27.)

1. La felicidad de la criatura es el único objeto de los cuidados del Creador Todopoderoso.

2. Creó al hombre para que fuera siempre feliz en el Paraíso; lo creó para goces inexplicables. Para elevarlo todavía más, lo dotó de libre albedrío. El Espíritu de Dios reinó en el espíritu de Adán: llenó con su luz las potencias de su alma, todos sus sentidos, y lo revistió de su esplendor como si de un vestido se tratara.

3. La sumisión de Adán al Espíritu de Dios fue el único culto que rindió a su Creador; la llama pura y sagrada de su amor era el perfume que le ofrecía.

4. El abuso que hizo Adán de su libertad y su desobediencia le acarrearon la expulsión del Paraíso; extinguieron en su espíritu la llama de la sabiduría de lo alto

sometiendo con él a todo el género humano a las enfermedades, el trabajo y la muerte sobre una tierra que desde entonces quedó cubierta de zarzas y espinas.

5. El amor eterno fue castigado para salvar, y afligido con el único objeto de curar. Este mismo amor permite que el hombre esté sujeto a la podredumbre, de la cual él mismo se revistió prostituyendo su naturaleza con el pecado; se exilió en este valle de dolor, adecuado a su naturaleza degradada, pues quedó demasiado débil para poder sostenerse en las regiones de la luz; pero al mismo tiempo abrió dos vías escondidas de purificación: los caminos del dolor y la alegría, de la muerte y de la vida eterna que conducen desde la miseria temporal a la beatitud sin medida y sin fin, infinitamente superior a la perdida.

Y desde luego, este amor sin límites, desde el momento mismo de la caída de Adán, ya se ocupaba del intento de levantarlo, y preparaba con su sabiduría el medio para alumbrar de nuevo su corazón con la chispa de la llama divina que le había iluminado antes de cometer la falta.

6. El Padre, abriendo las fuentes inagotables de su poder y misericordia, atrae en todo tiempo y lugar, y por toda clase de medios, al hombre hacia su Hijo, ya que sólo Él es la vía, la vida y la puerta de los cielos. Corresponde al Hijo invitar a la criatura desviada del camino de su eterna felicidad a volver a él, y apremiarla para que entre para siempre, siendo absorbida, por decirlo así, por el ímpetu del amor en el torrente de felicidad que no se encuentra sino en las entrañas del Padre.

El Verbo, que ha creado la luz, dice sin cesar: ¡que la luz sea!, y la luz es.

7. El primer suspiro de arrepentimiento de Adán, fue, por decirlo así, el primer renacimiento de este rayo de luz que había ya brillado antes en él; se convirtió en la primera piedra sobre la que está construida la Iglesia interior de Dios en la Tierra.

Los patriarcas que vinieron después de él, los justos, las almas piadosas que vivieron conociendo el temor del Señor que había nacido en ellos por la fe, aquellos que permanecieron adornados con toda la belleza de la inocencia de Abel, todos ellos compusieron esta Iglesia en la que Dios realiza la gran obra de la regeneración.

Pero los que se infectaron con el espíritu de las tinieblas que extravió a Caín, expandieron en este mundo perverso la mentira, las persecuciones, los homicidios, la impiedad y los extravíos, es decir, establecieron sobre la Tierra la iglesia del Anticristo.

8. La Iglesia santa y divina se consolidó sobre todas las cosas, se elevó y se extendió, adquirió una luz nueva, un nuevo espíritu a través de la Encarnación de Jesús-Cristo, nuestro Dios: el Verbo, Dios, Creador de todas las cosas, se hizo carne y habitó entre nosotros.

Este Dios-hombre, por su Encarnación, por su vida, por sus sufrimientos y por su muerte, ha devuelto al hombre los medios de salvación que había perdido; ha abierto la vía que permite volver a ser hijos de Dios a todos los que la abrazan por la fe y por el amor, no naciendo así de la carne ni de la sangre ni de la concupiscencia, sino a causa del renacimiento divino y espiritual.

9. Ha realizado su gran obra sobre la cruz, rociando misteriosamente a todas las almas con la virtud de su sangre, tintura capaz de renovar el alma en Dios.

¿Hubiesen podido las almas, de no ser por las fuentes generosas de este último bautismo, ser purificadas por dicha aspersión y recobrar sus derechos como hijos del único y verdadero Padre de todos los hombres?

10. Sí; Jesús-Cristo, al revestirse de nuestra carne, consolidó el edificio de su Iglesia, contra la que las puertas del infierno no prevalecerán jamás.

No sólo resucita a los muertos devolviéndoles su vida temporal, sino que pisotea la misma muerte; ha roto los lazos infernales y ha devuelto a los hombres la posibilidad de participar de la vida eterna. No sólo cambió el agua en vino, sino que además regeneró esta masa de elementos inmateriales con la que formará una nueva tierra y un nuevo cielo, cuando los que componen el mundo material se derrumben. Siendo la única fuente de conocimiento verdadero, ha difundido una nueva luz de sabiduría, ha alumbrado las almas con el fuego vivificante de la fe y les ha imprimido su carácter.

11. Sus apóstoles y sus discípulos, habiendo recibido de su plenitud la gracia y la fuerza, engendraban por él hijos de la luz y los transformaban en nuevas criaturas. Así actuó san Pedro en un solo día sobre tres mil almas por el poder de la palabra de vida. (Cf. *Hch.* II,41.)

12. Así se multiplicó la viña de la Iglesia interior de Dios. Así aumentó, y aumenta todavía, el aceite espiritual de la regeneración que por la Encarnación de Cristo llena los cielos, la tierra y la morada de los muertos. Esta fuente de incorruptibilidad fluye sin cesar sobre la tierra pura y virgen, la única donde Dios puede nacer; se difunde invisiblemente y derriba el obstáculo de separación de los sentidos, el pecado y todo el mundo pasajero. (Cf. *Ef.* V,26.)

13. El cuerpo místico de Jesús-Cristo se produce y crece sin cesar; sus miembros están en distintos grados y medidas animados por el espíritu de amor de Aquel que ha dado la nueva ley de amor. (Cf. *Mt.* V.) Los miembros de este cuerpo místico de Jesús-Cristo, reciben cada uno de ellos distintos dones: algunos, la manifestación del Espíritu para utilidad de los fieles; otros, la palabra de sabiduría; éstos, la palabra de inteligencia y aquéllos la fe. Otros reciben el don de curar y algunos las operaciones milagrosas; algunos el don de profecía y otros el discernimiento de los espíritus; algunos el don de lenguas, pero todos estos dones proceden de un solo Espíritu que comunica su virtud a quien le place. (Cf. *I Cor.* XII.) Este Espíritu los dirige y regenera llenándolos de su unción en la medida en que los encuentra desnudos del hombre viejo.

14. Así se establece y extiende la Iglesia invisible y santa; este imperio del soberano celestial, donde reinará junto a los que hayan puesto a sus enemigos bajo sus pies. (Cf. *I Cor.* XV.) Así es como acabará la obra de la Creación, y entonces entregará su Reino a Dios Padre. Cuando todas las cosas le estén sujetas, entonces también el mismo Hijo se sujetará al que le sujetó todas las cosas, para que Dios sea todo en todos.

Capítulo II

REPRESENTACIÓN DE LA IGLESIA BAJO LA IMAGEN DE UN TEMPLO

1. Representándose toda la Iglesia como situada dentro de un Templo cuyas dimensiones no pueden ser medidas sino por la cruz de Aquel que lo conoce todo, puede uno formarse la idea siguiente de la distribución de este templo.

2. En la parte más interior del Sancta Sanctorum, cerca de las fuentes celestiales de la Redención, residen los sacerdotes de la regeneración universal; la felicidad los rodea; están colmados de los dones de la gracia y de la naturaleza, y brillan con toda plenitud con esta luz que difunde la verdad y la vida. Aquel que dijo a sus discípulos: «estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos»; Aquel que después de su resurrección se les apareció estando cerradas las puertas y les dijo: «la paz sea con vosotros»; que comió con ellos un pedazo de pescado asado y un poco de panal de miel que le sirvieron, ¡tal vez se manifiesta siempre a un pequeño número de elegidos del Edén!; ¡tal vez los bendice todavía y camina en medio de ellos enseñándoles a obrar la obra de regeneración que les ha confiado especialmente!

3. La otra parte del Sancta Sanctorum está habitada por aquellos que han acabado su regeneración. Son

aquellos en los cuales el último grado del fuego de la cruz ha borrado secretamente hasta la más ínfima mancha de pecado. Son los cálices completamente purificados y llenos a rebosar del Espíritu y de la vida de Jesús-Cristo. El sentimiento de esta gracia que opera en ellos todas las cosas, es el único vehículo por el que conocen su existencia, convirtiéndose por gracia en lo que es Cristo por naturaleza.

4. En el Sancta del Templo habitan aquellos que interiormente han sido ya crucificados con Jesús-Cristo; aquellos que como él, sin haber entregado todavía su espíritu en manos del Padre, ya no están sujetos al pecado. (Cf. *Gal.* V, 24 y 25; *I Jn* .III, 9.)

Son los justos que permanecen ante el velo que cubre el Sancta Sanctorum; ellos son, al igual que los que habitan en su interior, los más aptos para ejercer el apostolado sobre la Tierra; para imprimir la imagen de Jesús-Cristo en el alma de los hombres.

5. Después están todos aquellos que avanzan sin descanso por las vías de la regeneración de Jesús-Cristo; caminan por la ruta de la cruz en sus distintos grados y por todas las edades de esta vida, pero aún no están completamente desnudos del hombre viejo que debe morir sobre la cruz de la abnegación, y quedar consumido por el fuego de la purificación.

En esta categoría pueden encontrarse también algunos instrumentos del apostolado; profetas, operadores de prodigios, escritores inspirados, todos ellos según el grado de dones recibidos. Pero mientras no hayan terminado la renovación de su hombre interior, su ser y sus

pensamientos, que aún no han sido crucificados por entero ni han alcanzado ese grado de madurez perfecta que la vida pura de la cruz exige, pueden entregarse a las impresiones que les son propias, infectando así sus obras, sus palabras y sus escritos, y arrojando la oscuridad, la mentira y el error incluso sobre las verdades que les habían sido reveladas y que ellos mismos anunciaban. Por esta razón, nunca se debe ser lo bastante circunspecto, ni lo bastante prudente, al examinar la vida y al leer las obras de aquellos que pasan por ser los más esclarecidos.

6. La plaza que se encuentra ante la puerta del Templo está ocupada por los que han sido atraídos por el Padre, pues teniendo fe en las verdades reveladas por el Evangelio, caminan por la vía de la regeneración y trabajan con esmero para cumplir la ley de la gracia.

También puede situarse entre éstos a los hombres que sin conocer la ley la cumplen con el socorro de la gracia. Cuando una vida tan virtuosa prepara en su corazón el camino a Jesús-Cristo, entonces su vía le anuncia interiormente el Evangelio y le admite entre los suyos.

7. Están en el vestíbulo del Templo aquellos que sienten vivamente la necesidad de salvación y que tienen el espíritu ocupado seriamente en la búsqueda de la verdad, comenzando a apreciar toda la vanidad del mundo. Cuanto más penetra en ellos este sentimiento, más cerca se encuentran de las puertas del Templo que se abren a las almas que viven en el arrepentimiento, aborrecen el amor propio y se dirigen sinceramente, y con todas sus fuerzas, hacia el bien.

El número de los que permanecen en el vestíbulo del Templo sin poder entrar en él, se nutre en gran parte de hacedores de sistemas sutiles y de jefes de sectas fundadas sobre el extravío de la razón humana, que no puede llegar a conocer los objetos del Espíritu puro y divino ni la ruta que conduce a ellos.

De entre éstos, los más dignos de compasión son los hombres a los que un amor interesado les atrae hacia su salvación, es decir, los que buscan el Paraíso a causa de los placeres prometidos y no por el celo de alcanzar su pureza esencial, única en la que Dios se complace. Se forman una idea equivocada de los preceptos de la religión a través de la superstición, se entregan a una imaginación exaltada, a una mortificación de su carne tan inútil como mal entendida y a torturas que la ley condena. No se adhieren más que a las formas exteriores, y caen en la idolatría creyendo servir al verdadero Dios.

Sucede, sin embargo, que en el transcurso de estas falsas prácticas perciben un rayo de la luz que anima e ilumina a todos los hijos de Adán; y este beneficioso efecto no es debido sino a la gracia que se ocupa por todas partes, y en todos los tiempos, de nuestra salvación; ¡felices los hombres que aún entregados a este trabajo espiritual, al contemplar la aparición de esta luz reconocen la verdad, y se giran hacia ella!, aunque demasiado a menudo sucede que permanecen donde estaban, extasiados por el fulgor de esta verdadera luz.

8. Vamos ahora a opinar sobre los símbolos y ceremonias religiosas que la mayor parte de los hombres de hoy en día, o bien abandonan, o bien abusan de ellos sin comprenderlos. Sin embargo, estas prácticas merecen

nuestra atención y consideración, tanto por su origen como por el propósito con que fueron constituidas.

Muchos símbolos y ceremonias del antiguo culto judaico y del culto exterior del cristianismo representan los misterios de la divinidad, siendo la imagen de las diversas operaciones interiores de Dios sobre el alma del hombre, sobre el cuerpo místico de Jesús-Cristo, que es su Iglesia, y sobre la misma naturaleza física; fueron instituidos para enseñar a todos aquellos que tienen ojos para ver. Un gran número de estos ritos y formas, sobre todo de la religión griega que es la que mejor ha conservado su constitución primitiva y respetable, pueden prepararnos como es debido para la adoración espiritual y disponer nuestra alma de una manera formal y eficaz para el ejercicio del culto interior.

9. Es así como la observancia de la religión exterior se convierte en un medio para entrar en la verdadera Iglesia de Jesús-Cristo, que es interior.

Aunque este culto exterior esté separado de su fuente, y el Espíritu de luz que lo dirigía le haya sido retirado, es, cuando menos, absolutamente necesario como medio; los cristianos de recta intención pueden sacar de él una gran enseñanza, sobre todo si se apoyan en las verdades reveladas por el Evangelio.

10. Alrededor del Templo que hemos descrito yerra una gran muchedumbre de esclavos del error, de las pasiones y del vicio que ni siquiera desea liberarse de su yugo; no estando preparados para otra cosa que para las vanidades del mundo y las apetencias de la carne, no buscan los senderos que conducen al Templo; no co-

nocen la felicidad que los adoradores encuentran en él, y si oyen hablar de ello, se alejan todavía más.

Se podría definir a estos hombres como adoradores del ídolo de la carne y del mundo. Sin embargo, si escucharan la voz de Aquel que quiere atraerlos hacia el cielo, podrían convertirse en prosélitos de la Iglesia de Jesús-Cristo; pero si por el contrario rechazan la mano que el Salvador les tiende, caerán tarde o temprano en la red de la iglesia del Anticristo, tendida por aquel que merodea por todas partes como un león en busca de su presa.

Capítulo III

De la Iglesia del Anticristo

1. ¿Quiénes son, pues, los que componen la iglesia del Anticristo? Los miembros principales de este cortejo infernal son los falsos operadores de prodigios, los falsos justos, los escritores que al publicar los misterios del espíritu de tinieblas se engalanan con el fulgor de una luz engañosa. Se debe catalogar particularmente entre éstos a los que, por amor propio, se atribuyen los dones que corresponden a la gracia, que abusan de las virtudes de la fe, que convierten la luz, cuyo fulgor han vislumbrado, en alimento de su codicia espiritual y en alimento de su carne y de su sangre, y que no obtendrán parte alguna del Reino de Dios. De entre éstos se alzarán falsos cristos, falsos profetas que realizarán grandes milagros y prodigios para seducir incluso a los mismos elegidos, si fuera posible (Cf. *Mt.* XXIV, 24), y el día en que estos hombres perversos digan a nuestro Señor Jesús-Cristo: «¿No es en vuestro nombre en el que hemos profetizado, que hemos exorcizado, en el que hemos expulsado los demonios y en el que hemos realizado prodigios?», les responderá: «No os conozco».

2. Los más propensos a alcanzar este último grado de perversidad son los hombres entregados a la voluptuosidad del espíritu, que se dedican a las ciencias ocul-

tas por amor propio en lugar de por amor a la verdad. Se deben incluir en esta categoría a aquellos que por curiosidad vana, por interés o por vanidad buscan los conocimientos secretos que les permitan confeccionar oro o prolongar su vida criminal. Se añaden a ellos todos los que se dedican a la teosofía, a la cábala, a la alquimia y a la medicina oculta con fines tenebrosos, pues los doctores en este magnetismo pueden acceder más fácilmente que los practicantes de otra ciencia a las operaciones del poder de las tinieblas.

De entre los discípulos de esta voluptuosidad espiritual, se levantan los fundadores de sectas que se apoyan únicamente en la luz engañosa de la razón natural, ignorando el espíritu, y se aferran a la letra que presenta rasgos de misterio.

3. Los grandes obreros de la iglesia del Anticristo son los fariseos espirituales que se asemejan a sepulcros blanqueados, y esconden su amor propio, orgullo, codicia, sus artimañas y su deseo de dominio bajo el manto de la humildad, de la abstinencia, de la castidad y de la beneficencia. En este grupo se encuentran los propicios a fundar sectas perniciosas bajo la institución, absolutamente aparente, del amor al bien, sabiendo seducir de tal modo que sólo un ojo avizor y experimentado puede llegar a descubrir estos cadáveres pestilentes privados de todo principio de vida.

4. Los instrumentos de propagación más activos y los predicadores de esta iglesia impía son los nuevos filósofos, que se esfuerzan en demostrar que el alma es mortal y que el amor propio es, y debe ser, la base de

todas las acciones de los hombres; que el cristianismo es sólo un fanatismo. Estos filósofos tratan de arrastrar a los ignorantes hacia sus ideas, apoyándose en el ejemplo de fanáticos que se hacían llamar cristianos, o en el abuso que a menudo se ha hecho de las ceremonias en la religión cristiana.

5. Los más pestilentes de entre estos falsos sabios son los que niegan la Encarnación de Jesús-Cristo o su divinidad. Algunos de entre ellos —¡perdónalos, oh gran Dios!— trabajan para persuadirnos de que Dios ni siquiera existe.

Éstos son peligrosos razonadores que con sus escritos, tan halagüeños para los sentidos, han contribuido mucho a la excitación insensata que hace perseguir al hombre una igualdad imaginaria y produce esta licencia, contraria al orden establecido por las leyes divinas y humanas, desafiando la voluntad de Dios que ordena respetar al rey y obedecer a las autoridades establecidas. (Cf. *Rom.* VIII.)

6. El campo donde el espíritu perverso del Anticristo hace su recolección, aunque sea el menos fértil, está cultivado por miserables que se entregan a los sortilegios, por los adivinos, por los malvados que empapan sus manos con la sangre de sus hermanos; y aun por los desgraciados esclavos de los sentidos que se esfuerzan en llenar por completo la copa de las perversiones sexuales, de la embriaguez, de la impudicia, etcétera. Éstos son particularmente candidatos a convertirse, cuando menos lo esperen, en presa de las legiones invisibles del reino de las tinieblas.

7. ¡Oh Dios nuestro Señor Jesús-Cristo, que te encarnaste para nuestra salvación, que redimiste al género humano con tu sangre, que con tu muerte dominaste a la muerte, que descendiste a los infiernos cerrando sus puertas, que prometiste atraerlo todo a Ti en el cielo: destruye toda planta que tu Padre celestial no haya sembrado, para que en adelante no haya más que un solo rebaño y un solo Pastor! ¡Amén!

Capítulo IV

Los signos con los cuales se reconoce la Verdadera Iglesia de Dios y a los Verdaderos Miembros de su Fundador, Jesús-Cristo

¿Quién subirá a la montaña del Señor y quién permanecerá en el lugar de su santidad? El limpio de manos y puro de corazón. (*Salmos* XXIV, 3 y 4.)

Hemos hablado de la Iglesia interior de Dios sobre la Tierra, de la iglesia del Anticristo y de la idolatría de la carne en el mundo. Hemos dicho también cómo los hombres se hallan expuestos a un error funesto, no sólo cuando están completamente extraviados espiritualmente, no sólo cuando siguen la luz engañosa de la razón y se apegan a las cosas exteriores, creyéndose espirituales porque su mente está llena de palabras que expresan las cosas del espíritu, sino también cuando, habiendo visto la verdadera luz, se apartan del camino de la verdad, y caen y se hunden en la profundidad de las tinieblas proporcionalmente a sus errores.

1. Diremos ahora cuáles son los signos con los que se reconoce la verdadera Iglesia de Dios y a los verdaderos miembros de Aquel que es su fundador y maestro, es decir, a los verdaderos cristianos.

Si Jesús-Cristo no está considerado como la piedra angular, el fundamento, el primero y último, el comienzo y el fin de todo el edificio; si no se busca ante todo el

Reino de Dios y su Justicia y, como dice san Pablo, no se estiman todas las cosas en nada por amor a Jesús-Cristo (*Fil.* III, 8); si el Espíritu del crucificado, del fundador, del maestro de la Iglesia no lo vivifica todo; si no es Él quien comienza, quien continúa y quien acaba, no existe la verdadera Iglesia de Dios.

2. Pero ¿cuáles son los signos que distinguen a estos verdaderos miembros, es decir, a los verdaderos cristianos?

¿Es la fe?

Pero los demonios también creen y tiemblan.

¿Es la fuerza de la plegaria?

Pero aun teniendo una fe que mueve montañas, podría uno vivir en la verdad y no ser nada a los ojos de Dios.

¿Serán el ayuno, la abstinencia, las mortificaciones?

Es verdad que su observancia es indispensable para el cristiano, pero los supersticiosos y los hipócritas pueden igualmente observarlas, y los agentes más corrompidos del reino de las tinieblas se sirven de ellos, precisamente como medio para producir sus operaciones infernales.

¿Será el conocimiento y la comprensión de los misterios?

Pero... ¿qué clase de ojo es aquel que por una brizna de paja puede perder la vista?

¿Son las visiones?

Pero pueden ser engañosas; y aun cuando fueran auténticas... ¿sería lógico que un ciego postrado por sus enfermedades y encadenado en prisión, que no ha visto sino en sueños las bellezas del Paraíso, pudiera obtener la libertad necesaria para disfrutarlas?

¿Será el don de la profecía?

Pero... ¿no es capaz también el cristal de aproximar los más alejados objetos?

¿Serán las palabras misteriosas y el lenguaje de los Ángeles?

Pero el sonido puede proceder también de un bronce que retumba o un címbalo que suena.

¿Será el don de hacer milagros?

Pero los falsos profetas y los falsos cristos también harán prodigios y realizarán milagros.

¿Será la entrega y distribución de bienes?

Pero también pueden distribuirse por un exceso de amor propio espiritual, que para complacerse a sí mismo no teme ni a la miseria ni a la muerte.

¿Será el celo ardiente de salvación eterna y el sufrimiento al cual se expone?

Pero una vez conocida la posibilidad de disfrutar de la salvación y de la beatitud eterna, es muy natural que se deseen con todas las fuerzas; además... ¡Cuántos hay que guiados por el fanatismo de su religión, o de su virtud imaginaria, o de su patriotismo, se entregan con alegría a las llamas, prosternados ante el ídolo de las obras de sus manos, con la finalidad de alcanzar la meta de la felicidad de la vida por venir!

No hay nada, ni la misma humildad, que la naturaleza no pueda alterar si está provocada por el deseo, aunque sea paciente, del interés; incluso puede confundir al observador por su tenacidad. Pero estos hombres tan humildes se equivocan al estar persuadidos de que la resignación es su principio en Dios.

Incluso podemos, contrariando y subyugando nuestra propia voluntad, tener como única finalidad la de encontrar un alimento para nuestro orgullo espiritual, y un poderoso agente para realizar nuestros propios deseos. Tenemos hoy día un ejemplo impresionante en los hábiles operadores del magnetismo. Dicen que el medio más seguro para producir los efectos deseados es someter todos los deseos; o en otras palabras, que el magnetizador se mantenga en una perfecta inactividad. ¡No se dan cuenta de que se sirven de esta inactividad para alcanzar, con más seguridad, la finalidad que se habían propuesto en primer lugar! Es la finalidad que persiguen la que les vuelve activos aun cuando pretenden ser pasivos.

Así pues, todos estos aspectos a los que acabamos de pasar revista para definir la verdadera naturaleza del cristiano, pueden también manifestarse sin ella.

3. ¿Cómo conoceremos, pues, la verdadera Iglesia de Jesús-Cristo, y cuál es su característica principal?

¡Es el Amor! (Cf. *I Cor.* XIII.) El amor es la esencia del cuerpo vivificante de Jesús-Cristo. El amor es la manifestación de su Espíritu, que no puede existir sino en el amor y no puede actuar sino por el amor. Todo lo que proviene de este Espíritu es lo único bueno y verdadero, y no está sujeto a la prueba del fuego purificador. Únicamente el amor es el nudo indisoluble que ligó Jesús-Cristo. «Dios es amor, y aquel que permanece con el amor permanece con Dios y Dios permanece con él». (*I Jn.* IV, 16.)

Este amor que nunca terminará, que no busca su propio interés, es decir, que se despoja de toda propiedad y que tiende hacia Dios únicamente por su amor, este amor perfecto no siente temor. (Cf. *I Jn.* IV, 18.) Este amor que odia el pecado y huye de él, no por temor al castigo sino porque el pecado es contrario a su principio; este amor es el verdadero signo de la regeneración en Jesús-Cristo; es el alma y el cuerpo interiores nuevamente regenerados, y se manifiesta proporcionalmente a su crecimiento. Este cuerpo no puede conservarse, ni crecer, más que en el ser que se despoja del hombre viejo exterior. El medio radical para la destrucción invisible del hombre pecador es una profunda renuncia de sí mismo, que con la ayuda del Espíritu de amor debe finalmente estar seguida, por decirlo así, por la negación de esta negación. No sólo no debe actuar el «yo» sino que ni siquiera debe existir la sensación de su inactividad. Es necesario mucho tiempo para disfrutar de tal estado. También por medio de este goce de nosotros mismos puede Lucifer en un momento dado establecer su trono en el corazón. El amor propio, este reino del «yo», es el nido del pecado.

El amante atrae al Padre y es su agente más poderoso; el amor es la marca esencial de la naturaleza divina en la regeneración, es el signo distintivo de los verdaderos miembros de Jesús-Cristo y de los Hijos de Dios.

Capítulo V

De la Regeneración, las Caídas y los Errores que pueden Acaecer, y de la Falsa Espiritualidad

En verdad en verdad te digo que el que no naciere de nuevo no puede ver el Reino de Dios. (*Jn.* III, 3.)

1. La regeneración, que consiste en la renovación en Jesús-Cristo, es la finalidad principal a la que debemos tender, es la única necesaria. (Cf. *Gál.* VI, 15.) Todos los que han sido redimidos al precio de su sangre pueden alcanzarla; no solamente los hombres llamados a caminar por la ruta extraordinaria, la ruta de las fuerzas y de las iluminaciones, sino también aquellos que, por decirlo más claramente, no estando destinados a poseer la sabiduría y las fuerzas extraordinarias de Jesús-Cristo, gozan solamente de la bondad de su naturaleza y de la liberación de la esclavitud del pecado. Ésta debe ser, incluso, la marca general y fundamental de la regeneración que se convierte en una fuente de felicidad para todos los hombres, aunque en distintos grados proporcionales a la luz y a la gloria divina que les ilumina, y que reserva a cada uno la medida y el lugar que debe ocupar en la mansión del Padre celestial.

2. La verdadera regeneración por la que nos convertimos de nuevo en hijos de Dios, se opera en la humanidad espiritualizada de Jesús-Cristo que lo penetra todo.

Es el cuerpo que debe renacer en nosotros. Sólo en este cuerpo se encuentra la imagen y la expresión de Dios, y sólo en él puede actuar y habitar el Espíritu de Jesús-Cristo.

El germen divino de este renacimiento celestial está encerrado en nuestro interior, y debe desarrollarse en nosotros con la ayuda del Espíritu, y por la virtud de Aquel que se hizo hombre en el seno purísimo de la Santísima Virgen.

3. Así pues, el hombre nuevo y espiritual que ha cobrado vida en nuestro ser y que la cruz ha humillado, no debe desfigurarse por las manchas que imprime el amor propio. ¡Que este hombre recién nacido vaya a esconderse al desierto de la cruz, alejado de las vanidades de este mundo, para estar a cubierto de los ataques del príncipe de las tinieblas que ejerce en él su imperio!

Creciendo así en la vía de Jesús-Cristo, debe, a medida que avanza, trabajar fielmente para imitarle. Que no obedezca ya su propia voluntad sino la de su Padre celestial cuyos Reino y Justicia deberán ser buscados ante todo.

Probado por la privación de la luz, y relegado al desierto de las tentaciones que rechaza, sosteniéndose con todas sus fuerzas en la cadena de fe y de amor que le une a su Padre Celestial y a su Dios, que permanezca sordo a todas las seducciones del demonio.

Que el amor le haga soportar los desprecios, los salivazos, los ultrajes, las bofetadas con que el mundo le abruma, y aun pudiendo llamar a legiones de ángeles para que le liberen, que resista más bien con alegría todos los sufrimientos porque son necesarios para reali-

zar la obra de Dios. Que combata su carne hasta que el sudor se convierta en gotas de sangre.

Si su debilidad humana se estremece al acercarse a estos crueles tormentos, a estos sufrimientos purificadores, y si desea, si es posible, que este cáliz pase de él, entonces que se apresure por el abandono de todo su ser a decir con Jesús-Cristo: «¡Oh Padre mío, que se haga vuestra voluntad y no la mía!»

Cuando incluso la carne y la sangre, en la angustia de este último grado del fuego de la cruz, le hagan exclamar: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?», esta agitación no impedirá a su renovado hombre interior unirse indisolublemente, y por toda la eternidad, a su Padre celestial, estando ya destruido en él el último reducto del pecado original.

He aquí un indicio de los misterios de la consumación de la regeneración donde se encuentra la vía de Jesús-Cristo; esta ruta, perfectamente acabada, introduce en el Reino de Dios.

4. Es muy posible que, en la espera, uno se haga una idea falsa de la regeneración, y tome por renovación lo que no lo es en absoluto. La misma obra de la regeneración puede ser suspendida y desfigurada por la actitud dominante del regenerado: es esta actitud lo que no permite que la imagen de Dios se restablezca en él, corrompiendo la obra de la gracia al imprimir sus propios rasgos.

Examinemos cómo se produce esto:

Un hombre iluminado ha dicho: «Trabaja sobre todo para que el "yo" no actúe ni en tu espíritu, ni en tu alma, ni en tu cuerpo.

»Recordarás luego que el pesebre y la cruz son las dos monedas con las que se compra el Reino de Dios. Es necesario, además, N. B., tener mucho cuidado de que la huella de Jesús-Cristo se encuentre bien marcada, pues he visto, y no miento, que muchos han sido y serán rechazados con sus falsas monedas, donde está grabada su propia imagen y no la de Jesús-Cristo, aun cuando en su tiempo sus obras parecían ser ante todo obras de humildad.»

He aquí cómo, en breves y sencillas palabras, se esconde un sentido profundo.

5. Hemos hablado ya de lo que puede haber de falso en la vía de la cruz, cómo puede estar fundada sobre una actitud dominante y cómo la piedad puede ser una ilusión. Ahora diremos de qué manera la actitud dominante puede imponerse sobre el pesebre y sobre la misma regeneración, y cómo esta regeneración puede ser impedida y mal comprendida.

El abismo de la misericordia del Padre atrae a todos los hombres a su salvación por su amor. Su mano Todopoderosa, que actúa en todos los lugares, golpea sin cesar la puerta del interior del hombre. La voz de la conciencia es el eco de repetición de estos golpes, que resuenan en el alma del hombre con mayor o menor fuerza según que la corteza de las pasiones, los pensamientos, y las obras de sangre y carne sea más o menos gruesas después de la caída.

El sonido de esta voz secreta aflige su corazón y le corroe cuando peca. Le inspira en sus enfermedades y penas un reconocimiento íntimo de su fragilidad y de su debilidad; en los dolores le arrebata los consuelos que

el mundo visible y material le podría dar, y aun en medio de los mismos goces sensuales le llena de abatimiento y de tristeza.

Si el hombre escucha esta voz saludable y se salva del tumulto de las pasiones que le aturden, vuelve como el hijo perdido a su Padre, cuyo amor abraza a todos sus hijos. Entonces, esta fuerza divina que permanece en el fondo de su ser interior, comienza a operar su regeneración y a abrir el camino a través del cual el Reino de Dios puede manifestarse.

6. Este Reino es parecido a un grano de mostaza (Cf. *Luc.* XIII, 19); debe crecer y elevarse hasta alcanzar la altura de un gran árbol. Pero no puede alcanzar su crecimiento, ni dar fruto, cuando queda retenido en el seno de la tierra a causa de las espinas que lo asfixian. (El grano no puede en absoluto germinar.) (Cf. *Mr.* IV, 7.)

Jesús-Cristo compara todavía el Reino de los Cielos a la levadura que tomó una mujer, poniéndola en tres medidas de harina hasta que toda la masa hubo fermentado. (Cf. *Luc.* XIII, 21; *Mt.* XIII, 33.)

Para que el Reino de Dios se establezca por completo en el centro interior del hombre, es necesario que esta fuerza, que es su esencia, emane del seno de la divinidad, y que en la medida en que se retire la levadura del pecado llene al hombre interior de su propia esencia divina. Esta luz viva debe penetrar como si fuera el fermento, y renovar los tres principios que componen al hombre: su espíritu, su alma y su cuerpo que debe ser liberado y revestido de la gloria de los Hijos de Dios, y de esta transparente luz que es patrimonio de los cuerpos inmortales. (Cf. *I Tes.*V, 23).

7. La renuncia pasiva de uno mismo, la humildad y la resignación, deben cooperar en esta obra de regeneración. La actitud dominante fundamentada en el amor propio del hombre destinado a renacer, impide que esta luz se difunda, escondiéndose entonces.

Mientras tanto, el amor propio, que se opone así a la entrada del Reino de Dios en nosotros, puede desviar el uso de esta luz para su propio goce, puede emplear esta fuerza, de la cual ha sentido sus efectos en sus propios actos, oscureciendo de este modo la iluminación interior, desfigurando la obra del renacimiento, e imprimiendo a esta operación el sello de su propia voluntad en lugar del de la gracia.

8. Antes de proceder a la siembra de un campo, debemos prepararlo para recibir la semilla. Así es también cómo se prepara la sementera de nuestro nacimiento espiritual: el suelo de nuestra alma debe ser desprendido por la cruz del sentimiento doloroso del pecado, y regado por las lágrimas del arrepentimiento.

Es en este intervalo cuando la misericordia divina, preparando el alma para empezar su obra de regeneración, le hace sentir por adelantado la felicidad de su proximidad a través de los sentimientos dulces, los éxtasis y las apariciones emblemáticas que sobrevienen en los sueños; por una voz interior, por visiones; en fin, por la iluminación completa de su inteligencia.

Todo esto se hace con la única finalidad de apremiarla, incitarla, consolarla e instruirla. Esto se realiza mediante las legiones del ejército invisible creado por el Todopoderoso. Estos efectos se producen por sus acercamientos al alma, pero demasiado a menudo esta

acción de los Ángeles de luz se confunde con la de los espíritus impuros.

Por ello, los místicos experimentados aconsejan ponerse en guardia contra las dulces sensaciones interiores y, sobre todo, contra las que producen efectos sobre los sentidos exteriores; aconsejan poner a prueba a los espíritus para saber si vienen verdaderamente de Dios.

Todo lo que acabamos de decir sucede fuera del centro donde el Reino de Dios se manifiesta con su verdadero poder, que es inaccesible a toda acción impura.

9. El orgullo espiritual, el amor propio y la ignorancia pueden conducir al hombre a confundir estos indicios de acercamiento al Reino de Dios con el propio Reino, con la presencia inmediata de Jesús-Cristo y su acción, que es precisamente en lo que consiste dicho Reino de los Cielos.

El hombre puede utilizar entonces esta serie de sensaciones espirituales, que le han sido otorgadas con la intención de incitarle e instruirle, para satisfacer sus deseos espirituales; las sensaciones dulces del alma, que no son sino una sombra de la presencia real de Dios, para alimentar su codicia y su voluptuosidad espiritual, enorgulleciéndose en el fondo de su corazón de las fuerzas que han sido manifestadas en él.

Las lecciones de las figuras emblemáticas que su propia impureza ha comprendido mal, serán para él como revelaciones claras y limpias de Dios, y cuando pretenda seguirlas se extraviará, pues en realidad estará siguiendo sus propias desviaciones.

Caminando en esta ceguera, pero teniendo nociones de la acción todopoderosa que se opera en nombre de

Dios, buscan en realidad imponer su prioridad, abusando del Santo Nombre para desarrollar sus propias acciones.

Así es como rechazan el Reino de Dios que se les había aproximado, aumentan los obstáculos puestos a su regeneración, y las marcas que la gracia divina había iniciado en ellos serán en adelante grabadas por su propia voluntad. He aquí cómo se puede desfigurar la obra misma de la regeneración.

10. ¿Cómo puede uno tener una falsa noción de la regeneración y abusar de las reglas que se deben seguir?

Hay hombres que conocen las reglas de la vida de Jesús-Cristo y que combaten muchas de sus pasiones, pero no toman como ejemplo la vida del Maestro sino su propio orgullo espiritual que les impulsa por causas puramente naturales. Estos hombres, habituados a poner en práctica sus facultades inferiores, pueden tomarlas por la renovación, creyéndose regenerados incluso en su espíritu que no respira otra cosa que su autoestima, encerrándose en la letra muerta de la imagen del vestido de Jesús-Cristo. Así es como están gobernados por el espíritu del Anticristo y se preparan para convertirse en su trono.

11. El hombre al que la naturaleza ha dotado de las grandes fuerzas del alma, y que impulsa su amor propio hasta un alto grado de elevación y de refinamiento que mantiene vivos el orgullo del espíritu y el amor del placer, y espera este último grado de grandeza y de gloria (la finalidad de su ambición no es otra que su egoísmo), este hombre, yo digo que puede poner en su boca las palabras de Jesús-Cristo e incluso practicar aquellas que contienen la más sublime virtud, pero no buscará esta virtud más que para su propia gloria y para nutrir su autoestima.

El goce de sí mismo es el objeto de su vida. Conformará sus acciones a las reglas que ha extraído de la vida de Jesús-Cristo, pero al no estar animado por su Espíritu, sus obras, en lugar de llevar el sello de Jesús-Cristo, llevarán el suyo propio. Este egoísta no ambicionará otra cosa que la distinción de ocupar el primer rango de la milicia espiritual, y sabiendo que los ejemplos y las máximas de Jesús-Cristo son el medio más seguro para alcanzarlo, se sirve de esta táctica para asegurarse el triunfo y su victoria le sale cara pues sólo ha procurado el goce de sí mismo.

12. Esta clase de héroe del falso cristianismo cree alcanzar el Reino de Dios con su actividad fundamentada en sí mismo, y se convierte en ladrón de la gloria de Dios y apóstol del reino de la autoestima que es la verdadera imagen del Anticristo. Toda planta que el Padre celestial no haya plantado será arrancada, y toda obra en la que Jesús-Cristo no sea el principio y el fin es abominable a los ojos de Dios, y no resistirá el crisol de la prueba universal.

13. Las intenciones, las palabras y las acciones son buenas o malas según el espíritu del que procedan, y del que quedan impregnadas.

El publicano arrepentido está más cerca del Reino de Dios que el fariseo que pretende realizar sus obras.

La mujer pública que desde un lugar inmundo siente a veces el oprobio en que vive, y cuya conciencia se espanta, está infinitamente más cerca de la verdad que el estoico que se regocija en medio de las llamas a las que ha entregado su cuerpo para servir a su amor propio, este ídolo de virtud que se ha fabricado él mismo.

14. El enemigo de Jesús-Cristo que sólo pretende devorar almas, hace su agosto con aquellos que se creen cristos sin poseer el Espíritu de Jesús-Cristo. Pueden convertirse asimismo en los más preciados agentes del Anticristo, y por ello no les apartará de la fe sino que trabajará para hundirlos cada vez más en su autoestima, para que ésta produzca sus obras. Los que tienen fe sin caridad están todavía más sujetos a este espantoso extravío que aquellos que no la tienen, pues nadie puede abusar de una cosa que ni siquiera se comprende.

15. En este camino funesto del uso indiscreto y desordenado de las facultades espirituales, los espíritus impuros pueden hallar una vía de influencia directa e inmediata. Se disfrazan con un hábito de luz y un velo que brilla con falso resplandor, y así vestidos presentan la impostura por la verdad. Los que se dejan embaucar, caminan luego guiados por una luz engañosa que les hace olvidar la impureza que exhala.

16. Conviene decir aquí unas palabras sobre la espiritualidad que atrae a aquellos que han sentido toda la brutalidad de la vida sensual. Creo que este último estado se opone menos al retorno, y que la primera chispa que enciende la llama de la verdad se conserva mejor en ellos que en los que fundan su espiritualidad en malos principios.

Cuando se tienen falsas nociones sobre la espiritualidad, y se ignora la diferencia que existe entre la espiritualidad de la región elemental (astral), la espiritualidad angélica y la espiritualidad divina, no se puede tener una idea más oscura de la verdadera iluminación. Se tomará como conocimiento de las cosas divinas lo más alejado de ellas.

17. Los conocedores del espíritu astral se creen muy iluminados porque su penetración astral, adornada con la letra muerta material, presenta a su imaginación figuraciones de las cosas espirituales y divinas que, a menudo, no tienen ningún parecido con las cosas reales.

Todo ello sucede cuando el hombre se entrega a su razón; no puede entonces conocer lo que es divino, y lo divino no es a sus ojos más que una locura.

18. Otros, más desgraciados todavía, son los hombres que atormentados por su sed de conocimientos, y haciendo mal uso de ellos, franquean el camino a los espíritus para comunicarse con ellos, pero al no estar provistos del socorro de la sabiduría, ni fortificados para ser capaces de combatir a los espíritus impuros, y no gozando, por otra parte, del don de ponerlos a prueba, les es imposible saber si tales espíritus vienen de Dios. Así es como se dan de cabeza contra las imposturas de estos espíritus, que les entregan al error y les impiden alcanzar el centro interior donde las verdades divinas pueden ser entendidas.

19. Esta inteligencia que penetra en el centro es un don del Espíritu de Jesús-Cristo, pues sólo en Él reside la espiritualidad salvadora y pura, a cubierto de toda mentira.

Capítulo VI

De la Vía de Jesús-Cristo en el Alma

1. En la verdadera regeneración, el mismo Jesús-Cristo completa su vía en el hombre que regenera, y se manifiesta en el alma a medida que avanza el crecimiento de su humanidad espiritual. Jesús-Cristo, encarnándose en el individuo, por decirlo así, le conduce tras Él a su plenitud, aparecida en la Tierra por medio de su divina Encarnación; le conduce animándole con su propia vida, según su predisposición, y le transforma después en un ser lleno de beatitud y gloria con el que vivirá eternamente en su creación renovada.

2. Esta obra secreta e invisible de Jesús-Cristo comienza en el alma cuando la acción divina, que lo renueva todo, le manifiesta su fuerza; es como la semilla de la propia naturaleza de Jesús-Cristo que germina y fructifica, y la acción de su Espíritu se hace notar de una manera sensible, sin que quepa la menor duda de su presencia porque saborea hasta qué punto el Señor es bueno.

Todo esto se produce cuando la vida de Jesús-Cristo nace en el alma.

3. Pero para que un hombre entre en la verdadera vía de la regeneración que acabamos de describir, para

que se acerque a Jesús-Cristo y permanezca en unión con Él, es necesario que antes camine por la ruta que conduce a esta vía. Esta ruta preparatoria no es otra que la imitación de Jesús-Cristo.

Capítulo VII

De la Imitación de Jesús-Cristo

Jesús dijo: Yo soy la luz del mundo, el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida. (*Juan*, VIII, 12.)

1. Aquel que quiere convertirse en un verdadero imitador de Jesús-Cristo, inspirado por su Espíritu y que dicho Espíritu le vivifique, debe imitar su ejemplo y expresar por medio de todos los actos de su vida los preceptos que conocemos a través del Evangelio.

Caminando por esta ruta, debe ocupar su voluntad en someterse con todas sus fuerzas a los mandamientos de Jesús-Cristo. No tan sólo debe cumplirlos sino también imitar exterior e interiormente su ejemplo; debe enfrentarse con el hombre viejo, para quien no hay nada tan duro ni indignante como la vida y la predicación del Salvador. Por esta razón le mataron.

2. Aquel que quiere avanzar en la vía que conduce a Jesús-Cristo debe sinceramente amar la virtud, no teniendo presente más que a Jesús-Cristo, buscándole sólo a Él sobre la cruz.

Sólo esta predisposición demuestra que uno está verdaderamente atraído por Él, y sin dicha atracción es imposible acercarse ni un solo paso hacia Jesús-Cristo.

Quien la sienta hará lo que el Señor quiera, y ciertamente caminará por la vía que conduce a la verdadera regeneración.

3. Quien camine por ella debe tener la mirada fija en el espejo del Evangelio, e identificarse diariamente con la vida y las virtudes de Jesús-Cristo. Todo esto no puede observarse con las fuerzas naturales, ni tan siquiera en parte, a menos que Dios le transforme y le haga participar de la vida sobrenatural —¡que la carne y la sangre no sueñen ni siquiera concebir la idea!

Pero este ejercicio constante de las fuerzas naturales tras el modelo divino es necesario, no tan sólo para que el hombre realice en su vida natural los actos más apropiados a la voluntad de su Creador, sino también para que esta práctica le prepare el medio de iniciar la vida interior, sobrenatural y celestial.

4. Es sobre todo en el amor al prójimo en lo que debe ejercitarse constantemente. Es así precisamente cómo la naturaleza humana se forma y se limpia para convertirse en la habitación de este Dios Trino y Uno, que no es otro que el amor. El hombre que busca a su Salvador debe practicar este precepto, observando la ley evangélica en toda su simplicidad; escondiendo tanto como pueda sus actos benéficos, teniendo cuidado de no convertirlos en objeto de su propia satisfacción, no solamente ante los hombres sino ante sí mismo. Todas sus buenas obras, o proyecto de realizarlas, deben entrar en el sentido profundo de las palabras del Salvador: «Que tu mano izquierda no sepa lo que hace tu derecha». (*Mt.* VI, 3.)

5. El hombre que trabaja en su regeneración debe esforzarse en actuar de una manera calmada y tranquila, antes de que el Espíritu regenerador comience a operar en él de una manera sensible. Debe perseverar en el estado en que la fe es aún débil, vacilante, oscura y desprovista de vida hasta que haya vivificado su espíritu. Es el mismo Padre celestial quien, desde lo más profundo de su poder, excita continuamente (secretamente) esta fe que existe en el corazón del hombre; cuando encuentra su voluntad susceptible y bien dispuesta derrama sobre él una inclinación y una atracción hacia su Hijo, y esta atracción aumenta y se fortalece en la medida de su acercamiento y cooperación.

6. El Reino de Dios debe ser forzado por aquellos que lo buscan hasta que consigan arrebatarlo, pero no se trata de la forma de violencia ordinaria.

Cuando Jesús-Cristo actúa en el hombre que va a regenerar, el único esfuerzo que éste debe hacer es la inactividad, abandonándose en espíritu a Aquel que opera en él combatiendo al hombre viejo, que se opone a la ley del espíritu de Jesús-Cristo.

Pero cuando la vida de Jesús-Cristo aún no se puede manifestar, siendo su acción en el buscado como la débil luz de una lámpara que ilumina apenas su fe naciente, debe emplear todas sus fuerzas naturales para actuar y conducirse en la vida de acuerdo con las instrucciones y el ejemplo de Jesús-Cristo, tanto exterior como interiormente. En esto precisamente consiste el camino de la cruz, que asciende por grados de amor a la verdadera vía vivificante de la imitación de Jesús-Cristo. (Cf. *Mc.*, VIII, 34.)

7. La adoración que agrada a Dios es la que se hace en espíritu y en verdad. (Cf. *Juan*, IV. 23). Sólo la puede efectuar aquel que se vincula y permanece en la verdad, y en quien el hombre interior ha sido renovado por el espíritu de la verdad. Éste es el culto que le rinden los regenerados; son como templos vivientes en los cuales el propio espíritu de Jesús-Cristo ofrece el sacrificio de adoración; son los altares espirituales destinados a este sacrificio, que sólo se ocupan de contemplar su grandeza y saborear las dulzuras de la adoración de Dios que opera en ellos. Es entonces cuando el mismo Espíritu intercede por los que están en la vía de la regeneración, particularmente por los que sienten la atracción del Padre y la expresan con gemidos indecibles. (Cf. *Rom.*, VIII, 26.)

Mientras el espíritu de oración no haya sido excitado, debemos emplear nuestras facultades naturales orando y adorando.

Las facultades de nuestra razón deben servirnos para conocer lo verdaderamente útil al alma.

Los deseos que nos conducen a las cosas de la tierra y a las vanidades del mundo, deben ser alejados de nosotros y convertidos en deseos de lo celestial y agradable a Dios.

Debemos emplear nuestra memoria en conservar los mandamientos de Dios y el ejemplo de vida de Jesús-Cristo, para conformar a ella todos los actos de nuestra propia vida.

Debemos aplicar nuestros pensamientos a cosas que nos hagan sentir la piedad y el temor de Dios, tales como la idea de un Dios Todopoderoso actuando por todas partes y viéndolo todo; la idea de la justicia y de la bondad de un Dios que sufre al hacerse hombre para salvarnos; la idea de nuestra propia indignidad y de nuestras propias caídas; la idea de la muerte, etcétera.

8. Todas estas meditaciones deben conducirnos a la circunspección sobre nosotros mismos, a la contricción por nuestras faltas, a la resignación y a la veneración de nuestro Creador. Debemos entregarnos a la mayor simplicidad y consagrar, en lo posible, las facultades más íntimas de nuestra alma a la adoración.

Pero guardémonos de nuestra propia imaginación, guardémonos de formar imágenes y entregarnos a ellas. Sean cuales sean, pueden producir funestas impresiones sobre la misma imaginación.

Habiendo dispuesto así el alma, para servir y para adorar a nuestro Padre celestial, es esencial que nos entreguemos a la plegaria lo más a menudo posible, consagrándole todos nuestros pensamientos en el secreto de nuestro corazón, en la calma interior, pues al retirarnos de los objetos exteriores entramos en nosotros mismos, ocupándonos de nuestro Dios.

9. Hacemos la observación de que la oración no debe tener como finalidad primordial conseguir este *sabbat*, este reposo espiritual, cuyo estado permanente pertenece sólo a los que han alcanzado el más alto grado de la nueva vida divina. En la vía de la regeneración el placer se deja sentir momentáneamente para consolar, fortificar y estimular al hombre que va a ser regenerado.

No debemos buscar este estado, incluso debemos temer con todas nuestras fuerzas entrar en él. Las tentativas en este sentido tienen consecuencias funestas; las

tinieblas no tienen nada en común con la luz, sólo los sentimientos espirituales del hombre nuevo pueden gozar de la vida divina, y la única puerta de entrada es Jesús-Cristo. Él es quien nos abre el paso que conduce a la corte del Paraíso.

10. Jesús-Cristo dijo: «El viento sopla donde quiere; mas no sabes de dónde viene ni adónde va; eso mismo sucede al que nace del Espíritu». (*Jn.* III. 8.)

Pero antes de que este renacimiento a la vida se le manifieste al hombre, éste debe emplear todas sus fuerzas naturales en huir de todo lo que es contrario a la voluntad de Dios. Esforzándose en cumplir todo lo que ella exige con sus actos exteriores e interiores (sin dedicarse al disfrute de los dones que le acompañan) y en conocer la Santa voluntad del Señor tal como proponen las Sagradas Escrituras, los escritos de los doctores de la Iglesia, y los de los hombres iluminados por el Espíritu de Dios, a quienes ha encomendado la instrucción de su Iglesia.

Aunque todo lo que hagamos sin Jesús-Cristo será consumido por el fuego de la prueba, este trabajo de las fuerzas naturales es necesario para que nuestra propia naturaleza pueda asumir el renacimiento divino y celestial. «El Señor está cerca de los que le temen y de los que esperan en su misericordia». (*Sal.* 145, 18 y 147,11.) Cuando la aplicación fiel y asidua de los preceptos de la palabra revelada de Dios haya preparado nuestra alma, ésta se convertirá en la habitación de la palabra de vida que establecerá allí su Reino.

Capítulo VIII

De los Principales Medios para entrar en las Vías de la Vida Divina

1. Los puntos esenciales que debe observar el que camina en la vía divina, preparatoria de la regeneración de Jesús-Cristo, son:

a) el vencimiento de su propia voluntad;
b) la plegaria;
c) la abstinencia;
d) los actos de caridad;
e) el aplicarse en conocer la naturaleza y a uno mismo.

Los que se encuentran en la vía de la regeneración deben entregarse también a la práctica de estos objetivos, pero entonces es ya el mismo Jesús-Cristo quien actúa en la naturaleza y en los principios de renovación, en la medida en que su Encarnación avanza en el alma, según las reglas y los grados de la vida espiritual.

Pero en esta vía preparatoria de la vida divina, la libre voluntad del caminante debe esforzarse en no dejarse llevar por su propia naturaleza, sino en entregarse a su práctica.

Consideremos, en resumen, en qué consisten estas prácticas.

2. A. El sometimiento de la voluntad propia.

El regenerado que oye la palabra eterna, y en quien la voluntad de Dios se manifiesta claramente, sólo debe seguir los preceptos de dicha palabra y someter su voluntad propia a la voluntad divina.

Pero en la vía anterior, es decir, en la que prepara para la regeneración, antes de que esta palabra haya sido vivificada en su alma, el hombre, entregado a su único consejo, debe violentar su voluntad para que se realice la voluntad divina. Es necesario, pues, trabajar en conocerse, tanto por medio de las Sagradas Escrituras como por los escritos de los hombres iluminados por la gracia, y ceñirse estrechamente a las reglas que prescriben.

3. Forzando así la voluntad corrompida de nuestra naturaleza degradada, que se opone completamente a la voluntad divina, trabajaremos con mayor eficacia para despojarnos del hombre viejo; es a través de este tesón cómo el hombre fuerza el Reino de Dios.

4. Es útil y necesario anular a menudo la voluntad propia y resistir ante ella, incluso en las cosas más pequeñas, haciéndolo con un celo ardiente por Jesús-Cristo crucificado. Esta continua lucha contra la voluntad propia sostenida por tan buena causa, nos prepara particularmente para la verdadera abnegación, y atrae el espíritu de la gracia.

5. Es necesario también seguir la vía del conocimiento, o del movimiento más íntimo de nuestro corazón; pero hace falta una extrema precaución al examinar las emociones, ya que son propensas a la corrupción cuando, saliendo del santuario de la conciencia, pasan a través de la atmósfera espesa e impura que forma una especie de cerco alrededor del interior de nuestro corazón.

6. Es necesario, pues, violentar la propia voluntad para que obedezca a la voluntad divina; la voluntad del hombre caído le conduce solamente hacia su propio placer; debe, pues, hacerla girar cueste lo que cueste para que sea agradable a Dios. Jesús-Cristo ordena amar a los enemigos, obligación ésta muy penosa para la carne que se ama a sí misma, y en la que el diablo ha vertido su orgullo. El hombre gobernado todavía por los sentidos, y que vive sin el Espíritu de Jesús-Cristo, es incapaz de cumplirla.

Pero ¿qué es lo que puede y debe hacer? Puede esforzarse y luchar interiormente contra la enemistad que siente por su prójimo; debe esforzarse en rezar por él; debe humillarse ante él, sirviéndole, bendiciéndole, etcétera.

7. Debe actuar así si quiere cumplir todos los deberes que Dios le impone, trabajando constantemente para someter su voluntad y, en particular, los movimientos más íntimos de su alma.

El hombre que se conduce de este modo, se acomoda a los designios de Dios tanto como le permite su naturaleza, y convierte su voluntad en susceptible de someterse de inmediato a la voluntad del Altísimo y de ser absorbida, por decirlo así, cuando viene a establecer su residencia en el alma por medio de su Encarnación.

8. B. La plegaria.

La plegaria abre el alma para recibir el Espíritu de gracia que atrae. Es un alimento que da fuerzas para el combate espiritual. Es necesario fundamentar la plegaria en el abandono; una humilde resignación a la voluntad de Dios es la mejor manera de rezar.

Si el que reza no puede aún abandonarse a Dios sacrificando todos sus deseos, y elevar su corazón y su voz al Señor diciendo: «¡Hágase su voluntad!», al menos no debe pedir en sus plegarias sino lo acorde con la voluntad divina. Debe, por otra parte, esforzarse en impregnar su plegaria con la resignación a la voluntad paternal de Dios, y si le sobrevienen tentaciones o repugnancias durante la misma, debe perseverar decididamente en su oración hasta que ésta venza por su propia fuerza; debe combatir hasta que su sudor se convierta en gotas de sangre. (Cf. *Lc.* XII, 42-44.)

9. Debemos pedir en nuestras plegarias todo aquello que contribuya a la santificación del Nombre de Dios, al crecimiento de su Reino y a la realización de su voluntad. La plegaria que nos enseñó nuestro Señor Jesús-Cristo (Cf. *Mt.* VI, 9-13) debe ser base y regla de la nuestra.

10. Se debe rogar en nombre de Jesús-Cristo, poniendo todo el pensamiento y todo el corazón en el Todopoderoso que está por todas partes. Es necesario, en la medida de lo posible, que la plegaria surja de lo más íntimo del corazón, empleando sus impulsos más escondidos.

Debe uno procurar orar lo más a menudo posible en el secreto de su corazón, cerrando la puerta a los sentidos que conducen siempre al pecado.

Desde en medio mismo de la disipación en el tiempo en que se encuentra uno, absorbido por el amor a las criaturas, estos retornos, aunque momentáneos, hacia el fondo del alma, hacia Jesús-Cristo, preparan el espíritu para recibir la unción de la gracia y procuran grandes beneficios.

11. Además de lo que hemos dicho más arriba sobre la manera de rezar interiormente —que puede producirse en cualquier lugar, o durante cualquier ocupación—, las plegarias que se realizan en el templo con los cristianos, nuestros hermanos, pueden contribuir en gran manera a fomentar nuestra devoción e inspiración. Se debe orar cuando menos una vez al día (de ser posible, sería mejor más a menudo) en un lugar retirado, apartado de los hombres, como desea el Señor cuando nos ordena orar en nuestra habitación con las puertas cerradas. (Cf. *Mt.* VI, 6.)

Se debe orar a Dios en el recogimiento y, sobre todo, retirándose de sí mismo, es decir, del amor propio; estas pasiones pueden corromper la plegaria más pura por el deseo de gozar de nosotros mismos.

La postura del cuerpo, acorde con la disposición del alma, puede y debe colaborar en la oración. El hombre-Dios, Jesús-Cristo, el Salvador, para la salvación del género humano se revistió por completo de la naturaleza humana, se postró sobre su rostro, y de rodillas, oró hasta que su sudor se convirtió en gotas de sangre que caían hasta el suelo. (Cf. *Mt.* XXVI, 39; *Lc.* XXII, 41-44.)

12. C. La abstinencia.

La abstinencia debe ser triple, es decir, de alma, espíritu y sentido.

13. Cuando el Verbo eterno se encarna en el alma a la que regenera, y el Espíritu de Jesús-Cristo reina abierta y sensiblemente en su espíritu, debe el hombre someterse a la dirección del Espíritu divino, y mantener el suyo lo más separado posible de lo que ya se mueve solamente por Jesús-Cristo.

14. Pero mientras todavía caminemos por la vía que conduce a la vida divina, es decir, antes de que la luz de la gracia se manifieste en el alma, y antes de oír realmente el sonido de la Voz del Verbo eterno, es necesario que contengamos los movimientos de nuestro espíritu, que nos quieren conducir hacia todo aquello que constituye un obstáculo para la manifestación de la vida divina en el alma o principio de la regeneración de Jesús-Cristo.

Es necesario contener el ímpetu de las pasiones, la codicia de la carne, la codicia de los ojos y el orgullo; sobre todo es necesario luchar contra todo movimiento que se oponga al amor puro. Es necesario dominar todo impulso de maldad y cólera, que son dos vicios diametralmente opuestos a la humildad y a la caridad. El amor es el primer rayo, el comienzo y el fin del Reino de Jesús-Cristo en el alma, y la humildad debe ser su Trono.

Esta continencia debe ser llevada hasta el extremo de no excederse, ni siquiera, en el deseo de lo bueno; pues los impulsos inmoderados impiden su realización, y nos sumergen en un abismo de tinieblas y de vicios.

15. Es necesario no tan sólo impedir que el espíritu se ocupe de cosas manifiestamente nocivas, sino también separarlo de toda búsqueda inútil. Es decir, de todo conocimiento que nos lleve a satisfacer la curiosidad humana, puesto que nos impediría avanzar en la vida cristiana, anteponiendo a ella la vida social con sus deberes cívicos.

Las ocupaciones del espíritu, incluso las más útiles, deben ir seguidas del descanso, abstinencia necesaria para no agotar las fuerzas.

También es necesario eliminar los esfuerzos de la razón, cuando profundicemos sobre la naturaleza de los misterios que pertenecen a un Reino donde la carne y la sangre no pueden penetrar, y que sólo son revelados por el Espíritu del Rey y Señor Jesús-Cristo. Es Él mismo quien descubre los misterios de su Reino a los que le aman, en proporción a su avance en la nueva vida y según se digne dispensar sus dones.

16. Limitando los sentidos a las funciones que les son asignadas en esta vida de expiación y de exilio, es necesario preservarlos de todo aquello que les pudiera cautivar, de todo aquello que pudiera infectar su alma y multiplicar los lazos del pecado. Lazos que deberán ser rotos sin dejar de ellos el más sutil de los hilos, para que el alma sea perfectamente purificada y totalmente unida a Jesús-Cristo. Éste es el objeto y finalidad de la regeneración.

Al hablar de abstinencia en relación a los sentidos, es conveniente decir unas palabras sobre la utilidad del ayuno o abstinencia en comida o bebida.

Esta clase de ayuno es especialmente útil para repri-

mir las turbaciones criminales de la carne, que deben estar encauzadas en sus límites y sometidas al espíritu que las debe gobernar: la carne debe obedecer a la templanza, para que su fuerza no dé motivo a una instalación aún mayor del poder del enemigo. El deseo impuro de la carne, que es el instrumento más activo del enemigo, debe no tan sólo ser dominado, sino también destruido hasta su germen cuando nos desnudamos del hombre viejo.

Aunque el ayuno debe efectuarse más bien en la calidad que en la cantidad de nuestra alimentación, las disposiciones de la Iglesia nos enseñan a conocer el verdadero objeto del mismo, y nos predisponen para usarlo únicamente con la finalidad con que fue establecido.

17. D. Obras de caridad.

El amor que se hizo carne para la salvación del mundo, dio este mandamiento a sus discípulos: «Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, rogad por aquellos que os quieren perjudicar y que os persiguen, dad limosna, etcétera», como está escrito en los capítulos V, VI y VII del *Evangelio según San Mateo*, que contienen los preceptos divinos de la vida cristiana.

He aquí los actos de amor de obligado cumplimiento, para aquellos que buscan el Reino de Dios y su Justicia en la vida nueva en Jesús-Cristo.

18. Cuando Jesús-Cristo, cuando el amor mismo reina visiblemente en el alma y realiza la regeneración del hombre, entonces el mismo amor produce por su Espíritu los actos convenientes para desnudar al hombre viejo; entonces es cuando se puede decir que el árbol de la vida da frutos puros y vivientes.

Pero cuando aún se camina sobre la vía divina, antes de que el amor de Jesús-Cristo comience a actuar sensiblemente en el alma, debe uno esforzar sus facultades naturales y ejercitarse en los actos de caridad expresados en el *Evangelio según San Mateo*, VI y VII, que hemos mencionado en el párrafo anterior.

Se debe procurar que estos actos sean únicamente dictados por el amor de Jesús-Cristo, considerando atentamente el mandamiento sobre la limosna: «Que tu mano izquierda no sepa lo que hace la derecha». (*Mt.* VI, 3.)

19. Las únicas verdaderas obras de caridad son aquellas que provienen del Espíritu de Jesús-Cristo, sin mezcla alguna de nuestro egocentrismo, porque todo lo que proviene de su Espíritu es bueno y perfecto.

Dios, que se ocupa de la salvación y de la felicidad de su criatura, desea nuestro amor puro y desinteresado, pues sólo esta clase de amor, obtenido por la operación de su Espíritu, puede unirse a Él en esa unión íntima en la que se halla toda felicidad. La felicidad es el gozo inalterable del bien, y el bien es lo que proviene del Espíritu de Dios; por esta razón Dios, que es el amor, no encuentra en nosotros lo que le agrada si no actúa su Espíritu.

20. Los actos de amor producidos por el constreñimiento, y por las únicas fuerzas de la naturaleza, no pueden tener un motivo puro, y el amor propio se mezclará siempre. En este caso, debemos, tan de prisa como

sea posible, considerar nuestros actos, examinar con arrepentimiento los que sean dignos de represión, y destruir este egocentrismo odioso que los ha infectado. Pero retornando sinceramente a Jesús-Cristo podemos borrar la impureza de nuestras intenciones.

Esforcémonos con el corazón y con los labios clamando sin cesar al Señor, diciendo: «¡Oh Dios mío, crea en mí un corazón puro y renueva un espíritu justo en mis entrañas!»

Es esencial que un corazón que dependa todavía del hombre viejo, y que aún esté invadido de impurezas, se esfuerce en ejercitar las obras de caridad. Así se abre camino en el alma el Espíritu de Jesús-Cristo, creando el corazón puro, el corazón nuevo, y actuando en él en la proporción en que lo crea.

21. E. El estudio de la naturaleza y de uno mismo.

Es cierto que la Sabiduría que todo lo crea descubre a sus amantes elegidos el secreto de su Creación, su más íntima composición y la acción diversa del espíritu en la naturaleza, profundamente escondido por el Espíritu de Dios en la materia del principio (primera materia), en esta tierra inmaterial con la que todo ha sido formado. (Cf. *Gén.*, II, 7.) Después de la caída de las criaturas se revistió de una grosera envoltura elemental, que subsistirá hasta la feliz consumación de los tiempos, cuando surgirá de ella un nuevo cielo y una nueva tierra. (Cf. *Ap.*, XXI.)

Es un hecho demostrado por la revelación. Tenemos un ejemplo en el *Libro de la Sabiduría* de Salomón, cap. VII, y en otros textos Sagrados revelados por la Sabiduría de Dios a los escogidos, según el plan de su Creación.

Aquel que negara su existencia sobre la Tierra, negaría a su vez el amor y el poder absoluto de Dios.

22. El conocimiento verdadero y vivo del secreto de la Creación, la visión intuitiva de la luz de la naturaleza, o la visión de la acción de su Espíritu manifestado en la tierra inmaterial de la que ya he hablado, y que es, por decirlo así, su vehículo primitivo, sólo se obtiene por la luz de la gracia que ilumina el alma en la vida nueva de la regeneración.

Pero la teoría de este conocimiento está expuesta, en la medida en que puede ser expresada por escrito, en los textos de los hombres Santos, pues esta Sabiduría que lo ha creado todo, los ha dotado con la luz de su conocimiento. Estos hombres son los elegidos, destinados a comunicarla en el mundo a los llamados, según el plan eterno de la divina economía.

Existen, sin embargo, muchos hombres santos y favorecidos por Dios a quienes no les ha sido otorgado contemplar el destello de esta luz de la naturaleza.

Algunos hombres, es decir, los que pertenecen a la primera clase de elegidos que hemos citado, llegados a los más altos grados de regeneración a través de la purificación, han experimentado y descrito la acción secreta e íntima de Jesús-Cristo en sus almas, y los misterios de la vida futura, e incluso han obtenido el don apostólico de formar a Jesús-Cristo dentro del corazón de otros. Pero aun poseyendo tales dones, no han alcanzado el conocimiento completo y claro de la organización interior de la creación de la esencia primitiva de la naturaleza, y de la acción de su espíritu en los seres creados.

Las vías de la Sabiduría del Señor son tan innumerables como incomprensibles, pero todas ellas conducen a la salvación, todas ellas son admirables y misteriosas a la vez que luminosas. Los rayos de este inaccesible sol de justicia no tienen número, y cada uno es un océano de luz y de verdad.

23. El conocimiento viviente de la naturaleza es incluso conveniente para los adelantados en la vía de la regeneración de Jesús-Cristo. Sirve para reafirmarla y fortificarla, dándoles una idea más amplia de la grandeza y bondad de Aquel que les regenera, mayor, si cabe, que las caídas y los tropiezos que encuentran en la propia vía de la regeneración. Este conocimiento de la naturaleza es útil para estimular y mantener la fe que el enemigo del género humano se esfuerza en debilitar, sobre todo en las almas que están a punto de ser unidas a Jesús-Cristo.

24. ¡Qué provecho se insinúa en el conocimiento que se manifiesta en la más pequeña de las criaturas, en la planta más enclenque, de la imagen del Verbo Encarnado y de todo lo que opera para nuestra salvación; de la imagen de todos los misterios de su concepción en el seno de la Virgen Inmaculada, de su nacimiento y de todos sus actos desde su llegada a este mundo hasta la completa consumación de su obra en la Tierra; de la imagen que le muestra en todos sus rasgos! ¿Cuánto provecho podemos nosotros sacar del fruto de este arte por el que los Sabios unen, separan y descomponen los seres, analizando sus componentes y reduciéndolos a sus elementos primitivos? En estas operaciones, contemplando con sus ojos los misterios de Jesús-Cristo y los efectos de su pasión, ven en pequeño y a base de fenómenos químicos toda la historia y los resultados de su Encarnación.

Éstos son los frutos del conocimiento que da la verdadera teosofía y la contemplación reflexiva de la naturaleza.

Así es cómo la Sabiduría ha reconducido a los incrédulos, que viendo con sus ojos y tocando con sus manos lo mas recóndito de la naturaleza, forzados por la convicción, han pasado de la incredulidad a la fe en Jesús-Cristo y en sus misterios.

25. Para aquellos que trabajan para entrar en la vía de la regeneración que une al hombre con Jesús-Cristo, la teoría de este conocimiento íntimo de la naturaleza es también de una gran utilidad; se encuentra expuesta en los escritos de los verdaderos y divinos filósofos. Es útil sobre todo porque da una idea de las operaciones de un Dios presente en todo. La convicción de esta presencia absoluta de Dios sirve para excitar su recuerdo saludable, y este recuerdo es el medio que permite el nacimiento en el alma del temor del Señor, que es el comienzo de la Sabiduría y la vía que conduce al vivo sentimiento de su presencia.

26. Si el conocimiento que se limita, por decirlo así, a las partes exteriores del vestido elemental de la naturaleza y que incluye lo que llamamos matemáticas, física, química, etcétera —ciencias cuya enseñanza es corriente en las escuelas (y que por su finalidad se consideran de la mayor utilidad)—; si este conocimiento,

digo, del cual los sabios de este mundo se sienten tan orgullosos, procura el beneficio de la certeza de la existencia de Dios y de su acción sobre las criaturas, ¿qué provechos obtendrán los que buscan el Reino de Dios a través del estudio del conocimiento de la naturaleza interior, e íntima, que emana de la escuela divina?

¿Qué gran luz debe aportarnos la teoría de esta ciencia que rompe completamente los hilos groseros del envoltorio de las criaturas, y que penetra hasta su principio y origen?

¿Quién descubre en todos los seres la imagen de la Santísima Trinidad, a través de la trinidad misma de la naturaleza?

¿Quién desarrolla la acción interior y esencial producida por la Sabiduría del Creador, por su Verbo hecho carne para salvarnos; por Jesús-Cristo que es la vía, la verdad y la vida? El amor que se siente verdaderamente por Él y la fe forman al verdadero cristiano, de la misma manera que su unión con el hombre es, desde toda la eternidad, la finalidad de su Encarnación, para redención y felicidad de las criaturas.

N. B. Es necesario precisar aquí que aquel que no ha sentido jamás viva e inmediatamente en su corazón la fe y el amor por Jesús-Cristo, no puede ni concebir la idea de lo que es un verdadero cristiano.

27. El Señor no ordena a todos los buscadores del Reino de Dios entregarse al estudio de los secretos de la naturaleza; por consiguiente, no están todos llamados a ocuparse de ello. Pero los que se entregan a este estudio, viéndolo como un medio que conduce a la vía de

este Reino, que lo hagan por amor y para obedecer la voluntad del Rey que reina en él.

Que se guarden muy bien de usar las fuerzas naturales de este estudio secreto, para penetrar más allá de los límites prescritos; que no se propongan alcanzar la meta impura de encontrar un alimento a su autoestima.

Que no se imaginen que esta búsqueda de los misterios de Dios va a servirles de diversión, o va a colmar su curiosidad. Me atrevo a decir que es preferible buscar la distracción en el juego, la caza o cualquier otra actividad, puesto que el grado de pecado es proporcional aquí al grado de santidad del objeto del cual se hace abuso.

28. Así pues, aunque la gracia del Salvador haya abierto para todos la vía que conduce a su Reino, no ha sido ordenado a todos trabajar en el estudio de la creación y de la naturaleza.

No nos cansaremos de repetir que el amor por Jesús-Cristo es la única vía absolutamente necesaria, invariable y universal que conduce al Reino de Dios. Es la única necesaria. ¡Feliz aquel que escoge la mejor parte!

«Buscad primero el Reino de Dios y su Justicia, y todas las demás cosas (las que os son necesarias) se os darán por añadidura.» (*Mt.* VI,33.)

29. El verdadero conocimiento de uno mismo se descubre por grados al hombre, cuando se despoja del hombre viejo y camina en la nueva vida divina. (Cf. *Ef.* IV, 22-24.) La luz de la gracia, iluminando al hombre que camina en la vía de la regeneración, le abre los ojos interiores proporcionalmente a su crecimiento en dicha vía;

disipa ante él las tinieblas que el pecado extiende para ocultarle de sí mismo. Entonces se rasga el velo de la ceguera y el hombre ve el abismo donde ha sido arrastrado por su caída; experimenta un vivo horror frente al pecado y frente a toda su miseria que no procede de otra parte que de su corazón, alejado del amor de Dios.

La cruz interior de los sufrimientos saludables purifica el limo del pecado, y disipa el horrible grosor que el pecado original había acumulado; derriba el tupido cerco que se levanta ante el corazón carnal e impuro; abre una brecha que da paso al nacimiento del corazón espiritual, puro y nuevo; rompe hasta en su último hilo el viejo vestido del alma que envuelve el nido del pecado; entonces el «yo», esta raíz del pecado, se muestra al desnudo para espanto del hombre.

Para realizar su obra, esta cruz interior y saludable funde en el crisol de la purificación todo el ser del regenerado, y borra hasta las más pequeñas señales de impureza del hombre viejo. Pues mientras exista la más pequeña mancha, el Reino de Dios no puede manifestarse en el alma con toda su plenitud, y Dios no establece su residencia en ella.

El fuego de la cruz, o bautismo de fuego (Cf. *Mt.* III, 11), debe destruir finalmente el último rincón del pecado y arrancar hasta la más pequeña fibra de esta raíz de todo mal que es el «yo», que debe ser aniquilado.

Este último efecto de la cruz interior descubre al hombre el conocimiento más sublime de sí mismo, pues le hace sentir vivamente, y en toda su extensión, cuál es su bajeza y su nulidad; este efecto es a la vez infinitamente cruel y dulce para el pecador, que reconoce perfectamente hasta qué punto es criminal ante Dios, se

arrepiente y se esfuerza en unirse inseparablemente a Él a través del amor puro.

¡Oh dolor espantoso y saludable!, ¡oh muerte por la cual se resucita a la verdadera vida, precursora de una beatitud inalterable y eterna! (Cf. *Col.*, III, 1-4.)

30. Pero para aquellos que aún no han entrado en la vía que conduce a la vida interior y divina, también les es útil avanzar en el conocimiento de sí mismos a través de los escritos de los verdaderos filósofos, que contienen la teoría de estos conocimientos tomada de la luz de la escuela celestial.

Instruido en este conocimiento debe uno estudiar cuidadosamente sus preceptos y examinarse a sí mismo, observando los movimientos de su corazón, los motivos y las causas secretas que le impulsan.

Este estudio nos procurará grandes luces sobre nosotros mismos. A menudo nos veremos absolutamente débiles, estúpidos, deshonestos, despreciables, precisamente allí donde nos creíamos fuertes, razonables, virtuosos, dignos del homenaje y el respeto de los demás. Veremos que nuestras obras, nuestro espíritu, nuestra justicia y nuestro amor imaginarios, que creíamos lo más bello de nuestra vida, no son en el fondo sino sacrificios efectuados al ídolo repugnante del vil interés y de nuestro amor propio, y hasta qué punto estamos alejados del amor puro y desinteresado que es el comienzo y el fin.

Nada importa el ser cincuncidado o no serlo; lo que importa es la observancia de los mandamientos de Dios.

I Corintios VII, 19

Exposición Abreviada del Carácter y de los Deberes del Verdadero Cristiano

Tomado de la palabra de Dios, y dispuesto en preguntas y respuestas

Que quien pueda comprender, comprenda.
Mateo XIX, 12

¿Qué es un verdadero cristiano?

Es aquel que ama a Jesús-Cristo con todo su corazón, y mira como basura la sabiduría, la gloria, los tesoros, los honores y las voluptuosidades de este mundo a cambio de ganar a Cristo. (Cf. *Flp.* III, 8.)

¿Dónde se puede encontrar a Jesús-Cristo?

En su Reino, que está también dentro de nosotros. (Cf. *Lc.*, XVII, 21.)

¿Qué se necesita para entrar en el Reino de Dios?

Nacer de nuevo o nacer espiritualmente de arriba. (Cf. *Jn.*, III, 3-5.)

¿Cómo se produce este nacimiento?

«El viento sopla donde quiere, y tú oyes su sonido pero no sabes de dónde viene ni a dónde va; eso mismo sucede al que nace del Espíritu.» (*Jn.* III, 8.)

¿Cuál es la característica principal y distintiva del verdadero cristiano?

El amor o caridad de un corazón puro y de un espíritu recto en el hombre interior renovado. (Cf. *Sal.* 51, 12; *Gál.* VI, 15.)

¿Cómo se puede reconocer la caridad?

La caridad es paciente, llena de ternura, no es envidiosa ni insolente ni se infla de orgullo, es modesta y no busca su propio interés, es decir, no busca sus propios placeres, no se violenta, no piensa mal, y así el mal no la alcanza, no se alegra sino en la verdad; lo ama todo, es decir, desea a todos el bien; lo cree todo con la simplicidad infantil que abre la puerta de los cielos. (Cf. *Mt.*, XIX, 14.) Lo espera todo y lo soporta todo con una obediencia sin límites a su bienamado.

La caridad realiza los mandamientos evangélicos de su bienamado, no por temor ni en vistas a la recompensa, sino únicamente por amor a Él.

La caridad no se separa jamás de Dios, y no lo podría hacer aunque quisiera, porque se trata de su mismo espíritu y su misma esencia. (Cf. I, *Jn.*, IV, 16-18; *I Cor.* VI,17 y XIII, 4-8.)

¿Cuál debe ser la principal ocupación del verdadero cristiano?

La imitación de Jesús-Cristo.

¿Cuales son los medios más eficaces para alcanzarla?

La plegaria, ejercitar la voluntad para cumplir los preceptos del Evangelio, y la mortificación de los sentidos, privándolos de lo que les pueda agradar, ya que el verdadero cristiano no debe buscar otro goce que el de realizar la voluntad de su Padre celestial.

¿En qué lugar debe el verdadero cristiano consumar su obra?

En medio del mundo, sin atar su corazón a sus vanidades, y en el estado a que cada uno ha sido llamado. (Cf. *I Cor.*, VII, 20.)

¿Cuáles son las verdaderas marcas de iniciación de Jesús-Cristo?

La fe, el abandono a la voluntad del Padre, y la renuncia de sí mismo llevando su cruz. (Cf. *Lc.*, IX, 23-24; *Mt.* XVI, 24.)

¿Dónde están los templos de los verdaderos cristianos?

En el fondo secreto de sus corazones. Ellos son la

Iglesia viva, los templos espirituales de Dios y la morada de su Espíritu. (Cf. *I Pe.* II, 5; *I Cor.* III, 16; *II Cor.* VI, 16).

¿Qué deben ofrecerle en sacrificio?

Ninguna otra cosa que su voluntad, destruyendo por espíritu de abnegación toda su autoestima. (Cf. *Sal.* 51, 18 y 19).

¿De qué clase es su adoración?

Le adoran en espíritu y en verdad. (Cf. *Jn.* IV, 23.)

¿Cómo practican esta adoración?

Se abandonan con todo su corazón, con todas las fuerzas de su voluntad a la voluntad del Padre celestial. El deseo ardiente de que su Reino llegue y su voluntad se realice es la fuente de donde manan todas sus plegarias, que se basan en la que nos enseñó Jesús-Cristo en el *Evangelio según San Mateo*, cap. VI, 9 al 13.

A menudo no saben ni cómo deben orar ni qué es lo que deben pedir, pero el Espíritu de verdad que está en ellos, que les conduce y les convierte en hijos de Dios, intercede por ellos con gemidos inexplicables. (Cf. *Rom*, VIII, 14-26.)

¿Quiénes son los padres y los doctores de la Iglesia interior de los verdaderos cristianos?

Son aquellos que con san Pablo pueden decir: «Ya no vivo yo sino Cristo es quien vive en mí» (*Gál.*, 2, 20). Éste es el único doctor y palabra de verdad que lo crea y lo engendra todo. (Cf. *Mt.* XXIII, 8-10; *Jn.*1,3 y 4; *Sant.*, 18). Éstos son los que sufren por sus hijos espirituales los dolores del nacimiento hasta que Jesús-Cristo se forme en ellos. (Cf. *Gál.* IV, 19.)

¿Qué efecto produce su predicación?

Engendra la vida nueva en Jesús-Cristo, la vida sobrenatural del Reino de Dios, pues sus palabras son emanaciones de este Espíritu que sopla donde quiere. (*I Cor.*IV,15; *Jn.* III, 3-8.)

¿Todos los verdaderos cristianos obtienen los mismos dones de la gracia?

Todos tienen el mismo espíritu de filiación (de adopción de Dios) que les une a Dios y les gobierna (Cf. *I Cor.* VI,17; *Rom.* VIII, 14-16), y cuyo bautismo interior y vivificante les imprime el sello del verdadero cristianismo (Cf. *Mt.* III, 11); pero los dones son tan diferentes como funciones les son encomendadas. Les son comunicados por este Espíritu único que lo hace todo en todos, según el plan eterno de su divina economía. (Cf. *I Cor.* XII.)

La fe y la caridad, con todas las virtudes que conducen a la vida espiritual de la crucifixión de la carne y sus codicias (Cf. *Gál.*V, 22-25) son los dones comunes a todos los verdaderos cristianos y los únicos necesarios para la salvación eterna. Pero los que están particularmente llamados al apostolado para la manifestación de

los prodigios de Dios sobre la Tierra, para la iluminación de los verdaderos creyentes y para cooperar con ello a la obra de la regeneración general, éstos reciben del Padre de las luces este principio de todo bien perfecto (*Sant.* I,17), los dones particulares de la fuerza y la iluminación.

¿En qué consisten estos dones?

En curar a los enfermos, purificar a los leprosos, resucitar a los muertos, expulsar a los demonios, profetizar (Cf. *Mt.* X, 8; *I Cor.* XII, 8-11), escrutar la profundidad de la acción de Dios sobre la naturaleza y el hombre, y manifestarla por la palabra de Sabiduría. En el verdadero conocimiento de los seres y de la constitución del mundo, etcétera, como está escrito en el capítulo VII del *Libro de la Sabiduría* de Salomón y como dice san Pablo al hablar de la Sabiduría de Dios, que es un misterio, es decir, una cosa escondida que Dios había destinado a nuestra gloria antes de todos los siglos. Las cosas que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni pasó al hombre por el pensamiento, las tiene Dios preparadas para aquellos que le aman. (Cf. *I Cor.* II, 7, 9, 12.)

¿Qué predisposición debe acompañar a aquellos que pueden recibir estos dones?

Deben estar preparados para sufrir pacientemente, y sin aliviarse, los males más agudos, e incluso morir al día siguiente sin murmurar, aun cuando tengan el poder de curar todas las enfermedades y vivir muchos siglos como los antiguos patriarcas.

También deben estar dispuestos a soportar la más extremada miseria, cuando estaría en su mano procurarse riquezas, e incluso riquezas que sobrepasarían a todas las del mundo. Aun cuando tengan la facilidad de conversar con los ángeles, deben poderse mantener en el estado más profundo de ignorancia, si fuera ésta la voluntad de Aquel que es la fuente de toda luz. Aun cuando tuviesen, como Josué, hijo de Nun, el poder de hacer parar el Sol, y como Elías, el de cerrar y abrir los cielos, deberán considerarse a sí mismos como los menores de entre todos, y errar por la Tierra de acá para allá sin lamentarse, aun cuando no tengan ni un lugar donde reposar su cabeza. En fin, no deben desear nada, deben estar preparados para todo, si fuera necesario para realizar la voluntad de su soberano maestro celestial.

¿Cuál es el deber del verdadero cristiano en lo concerniente al culto divino exterior?

Lleno de respeto por sus instituciones y por sus ceremonias, debe aplicarse en aprovecharlas como medios para el interior que debe ser la finalidad de todas las prácticas cristianas del culto exterior, y participar en la cena del Señor experimentándola él mismo (examinándola y observándola). (Cf. *I Cor.* XI, 23-30.)

¿Cuál es el deber de un verdadero cristiano hacia su Soberano?

Debe honrar y obedecer a su Soberano con temor, no solamente cuando se muestra bueno y equitativo, sino

también cuando se muestra duro. (Cf. *I Pe.* II, 17-18; *Ef.* VI, 5-7.)

¿Cuáles son sus obligaciones con respecto a los gobernantes?

Deben estar sometidos a ellos no solamente por temor sino por conciencia. (Cf. *Rom.* XIII, 1-5.)

¿Cómo deben conducirse con los que dependen de ellos?

Deben ante todo concienciarles de su felicidad eterna, elevándoles por el temor y por la doctrina del Señor. Deben mantener entre ellos la justicia y la unidad; deben dar testimonio de su afecto tratándolos sin dureza, sabiendo que todos tienen un maestro común en los cielos, y que no hay en él acepción de personas. (Cf. *Ef.* VI, 4-9; *Col.* IV,1.)

¿Cuál debe ser la conducta del verdadero cristiano con los hombres en general?

Debe amarlos a todos por Dios, desearles todo el bien en Él y socorrerles tanto como pueda.

¿Qué predisposición debe tener hacia sus enemigos, hacia los que le odian, le maldicen y le persiguen?

Debe amar a sus enemigos, bendecir a los que le maldicen, hacer el bien a los que le odian y rogar por los que le persiguen y desean su perdición. (Cf. *Mt.* V, 44.)

¿No es suficiente amar a los que nos aman, nuestros padres, y hacer el bien a aquellos que lo agradezcan y de los cuales podamos esperar una recompensa?

¿Qué virtud hay en amar a los que nos aman, en hacer el bien a quienes nos lo hacen, en dar para recibir o para obtener provecho o agradecimiento? Esto es lo que hacen los hombres pecadores que sólo siguen su amor propio, su orgullo, su avaricia; pero los que aman a sus enemigos y hacen el bien sin esperar nada a cambio, éstos se comportan como verdaderos hijos del Padre celestial que es bueno con todos; éstos le imitan en su misericordia. (Cf. *Lc.* VI, 32-36.)

¿Cómo deben comportarse los verdaderos cristianos con los que vienen a preguntarles y a solicitarles algo?

No deben rechazar a los que vienen para recibir algo de ellos, deben darles lo que piden, y cuando se da limosna no ha de saber la mano izquierda lo que hace la derecha. Es decir, debe darse sin ninguna vanidad, con toda la discreción posible y con un completo olvido de sí mismo, haciéndolo únicamente por amor a Dios y al prójimo.

Los verdaderos cristianos deben observar esta regla en todas sus buenas obras; deben también orar en secreto, ungirse la cabeza ayunando y lavarse el rostro, como está dicho en el Evangelio, y ser discretos en el modo de vestir y en su actividad social, en la manera de vivir y en las otras cosas parecidas, evitando hasta la menor apariencia de afectación. (Cf. *Mt.* V, 42; VI, 3-6.)

¿Cómo debe comportarse un verdadero cristiano con quien pleitea con él para quitarle lo que le pertenece?

Si alguien quiere iniciar un pleito contra él para quitarle su vestido, debe darle incluso su camisa; si alguno desea que le acompañe una legua, debe acompañarle dos. Es decir, debe, con un espíritu de humildad sin límites, sacrificar en la caridad toda su persona y todo aquello que le pertenece. (Cf. *Mt.* V, 40, 41.)

¿Cómo debe actuar con quien le ultraja?

Debe soportar la ofensa con una paciencia inviolable y estar dispuesto a sufrir otra aún mayor por amor. (Cf. *Mt.* V, 39.)

¿Cuál es la regla que los verdaderos cristianos deben seguir para cumplir sus deberes con la patria?

El verdadero cristiano que sabe que no solamente todas sus acciones y todas sus palabras sino también todos sus pensamientos, sus miradas y suspiros pueden contribuir a extender el Reino de Dios, o ponerle obstáculos y que considera constantemente estas cosas, debe acordarse de que por él pueden manifestarse la justicia o la misericordia del Señor, cuya voluntad debe ser para él la cosa más preciada.

¿Qué sentimientos debe tener hacia su padre y su madre?

Debe respetarles, obedecerles y amarles (Cf. *Ef.* VI, 1, 2) pero con un amor que no le aleje de Jesús-Cristo que ha dicho: «Quien ama al padre o a la madre más que a mí, no es digno de mí, y quien ama al hijo o a la hija más que a mí, tampoco es digno de mí». (*Mt.* X, 37.)

¿Puede casarse el verdadero cristiano?

Dios, viendo que el hombre se sumergía en el sueño del pecado, le concedió por indulgencia una ayuda, y separando de su naturaleza (la parte) femenina, formó a la mujer. (Cf. *Gén.* II.)

Los discípulos de Jesús-Cristo, habiendo oído lo que decía sobre el matrimonio le dijeron: «Si tal es la condición del hombre con respecto de la mujer, no tiene cuenta el casarse», pero Él les respondió: «No todos son capaces de esto (no todos pueden abstenerse del matrimonio), sino sólo aquellos a quienes se les ha concedido; pues hay eunucos que nacieron así del vientre de sus madres, hay eunucos que fueron castrados por los hombres, y hay eunucos que se castraron a sí mismos por amor del Reino de los cielos; que quien sea capaz de comprender, comprenda». (*Mt.* XIX, 10-12.)

En las revelaciones hechas a san Juan, hablando de los ciento cuarenta y cuatro mil redimidos de la Tierra, dijo: «Éstos son los que no se mancillaron con mujeres, porque son vírgenes. Éstos siguen al Cordero donde quiera que vaya. Éstos fueron rescatados de entre los hombres, como primicias para Dios y para su Cordero. Ni se halló mentira en su boca porque están sin mácula ante el trono de Dios». (*Ap.* XIV, 4-5.)

Job dijo: «Hice pacto con mis ojos de ni siquiera contemplar una virgen». (*Job* XXXI,1.)

El Apóstol san Pablo dijo. «En verdad me alegraría de que fuerais todos como yo mismo; mas cada uno tiene de Dios su propio don: quién de una manera, quién de otra. Pero sí que digo a las personas no casadas y viudas: Bueno les es, si así permanecen, como también permanezco yo (en el celibato). Pero si no tienen dominio de sí, cásense, pues más vale casarse que abrasarse». (*I Cor.* VII, 7-9.)

¿Quiénes son estos eunucos que se han mutilado a sí mismos por el Reino de Dios?

Son, sin discusión, los que por espíritu de sabiduría han suprimido en ellos la codicia de la carne, y dentro de los cuales el fuego del amor divino ha destruido hasta la raíz los deseos criminales, que son incompatibles con la pureza necesaria para que la suprema Sabiduría habite en ellos. (Cf. *Sab.* I,4.)

El pensamiento da a luz el pecado (Cf. *Sant.* I, 15), cuya fuente se encuentra en la voluntad inclinada al mal y a todo lo prohibido. Jesús-Cristo dijo: «Cualquiera que mirare a una mujer con mal deseo hacia ella (es decir, con deseo carnal), ya adulteró en su corazón». (*Mt.* V, 28.). Es necesario observar la fuerza de este precepto para preservarse de toda clase de pecado.

¿Cómo debe un verdadero cristiano vivir con su mujer?

Debe amarla como Jesús-Cristo amó a su Iglesia, cuidarla y mantenerla como si se tratase de su propio cuerpo, y ocuparse de su santificación después de haber sido purificada en el bautismo del agua por la palabra de vida, hasta que no haya en ella ni una sola mancha de pecado, siendo santa e irreprensible. (Cf. *Ef.* V, 25-26).

¿Cómo debe educar a sus hijos?

Les debe instruir en las ciencias útiles y necesarias para vivir en sociedad en el mundo, empezando lo más pronto posible a formarles en vistas a su nuevo nacimiento, espiritual y sublime, sin el cual no podrían entrar en el Reino de Dios, tal como dijo Jesús-Cristo en el *Evangelio según San Juan*, cap. III, 3.

¿Cómo debe usar sus bienes un verdadero cristiano?

No viéndolos sino como un instrumento de Dios, debe saber que hasta el último pedazo de tierra debe contribuir o bien a la edificación de la obra de Dios, o bien a la glorificación de su Nombre sobre la tierra, o bien a la supresión de todo aquello que signifique un obstáculo a su realización; así es como debe disponer de los bienes que le han sido confiados.

¿Cómo debe usar de la comida y la bebida?

Haciéndolo todo por la gloria de Dios, debe también actuar así con respecto de la bebida y la comida; debe

hacerlo con sobriedad, no para satisfacer el placer, sino solamente para fortificar el cuerpo como una residencia que debe ser el pesebre de la regeneración, y la habitación terrestre del verdadero hombre interior, espiritual, perfecto y formado a imagen y semejanza de Dios. (Cf. *I Cor.* II, 14-15.)

¿Cómo debe prepararse para la muerte el verdadero cristiano?

Esforzándose sin descanso en morir al pecado. (Cf. *Rom.* VI.)

¿Cuándo comienza el trabajo para el verdadero cristianismo? ¡iniciación!

Cuando el hombre comienza a despojarse del hombre viejo. (Cf. *Col.* III, 9.)

¿Cuándo termina este trabajo?

Tan pronto como el hombre viejo queda completamente desnudo, es decir, cuando sobre la cruz interior de la crucifixión espiritual con Jesús-Cristo, la semilla misma del pecado es arrancada del alma. (Cf. *Rom.* VI, 2; VI, 6-12.)

¿Cuándo quedará terminado el edificio espiritual de la Iglesia de Jesús-Cristo, y aparecerá el Reino de Dios sobre la Tierra con toda su gloria?

Cuando no exista otra voluntad que la sometida a la

voluntad de Dios, la muerte, último enemigo, desaparecerá; la criatura tomará una naturaleza inmaterial; el cielo y la tierra pasarán —y se verán brillar una nueva tierra y un nuevo cielo—, y entonces llegará el Reino Jesús-Cristo y Dios será todo en todos. ¡Amén! (Cf. *Rom.* VII, 21; *I Cor.* XV; *Ap.* XXI, 1.)

Explicación del Cuadro Alegórico representando el Templo de la Naturaleza y de la Gracia

1. «Y la luz resplandece en las tinieblas y las tinieblas no la acogieron» (*Jn.* I,5); esta luz que ilumina a todo hombre cuando viene al mundo, el amor, es lo que marca la verdadera vía: es la vía de la cruz cubierta de espinas, y una completa renuncia a cualquier prioridad, es lo que mejor indica si uno camina verdaderamente en esta vía.

2. El amor que se mantiene sobre la columna inquebrantable de la fe, marca la verdadera vía que conduce al Templo de la Naturaleza y de la Gracia; a esta verdadera Iglesia de Jesús-Cristo que está en el mundo, pero que el mundo no conoce (Cf. *Jn.* I,10); a esta Iglesia inaccesible a la carne y a la sangre (Cf. *I Tim.* IV, 16; *Heb.* XII, 29), cuya entrada está prohibida a la naturaleza humana caída. (Cf. *Gén.* III, 24.)

3. El estudio de uno mismo y de la naturaleza, los símbolos, las alegorías, las instituciones religiosas, las leyes civiles y la ley natural, conduce a esta vía al hacernos sentir la necesidad de un camino único, esencial y seguro: el de la cruz.

4. Por el estudio de la naturaleza, a menudo escalera de siete peldaños, se obtiene la ayuda de la luz de la

sabiduría que la gracia envía desde lo alto, que permite descubrir la luz de la naturaleza que vivifica invisiblemente toda la creación.

5. Esta luz, impresa por la palabra todopoderosa del Creador en la materia del principio (primera materia) de todo lo que existe, brilla también en el caos filosófico.

6. Quienquiera que trabaje fielmente en el estudio de la naturaleza, buscando la luz de Jesús-Cristo por amor puro hacia Él, percibirá en esta luz divina la luz indestructible de la naturaleza, en un momento y en un lugar donde nunca lo hubiera esperado. La encontrará ante su puerta. (Cf. *Sab.* VI, 14.)

7. Cuando uno sigue por el camino de la cruz a su Dios y Salvador, que desea hacer entrar a todos en su reino, nace del agua y del espíritu, rompiendo las siete cadenas de la naturaleza vieja, un hombre nuevo interior que puede entrar en el Reino de Dios. (Cf. *Jn.* III, 5.)

8. La entrada al Templo de la Gracia se abre a través de la concepción de la vida nueva sobre la cruz; de la misma manera el Templo de la Naturaleza se abre a través del conocimiento de la luz de la naturaleza.

9. La plegaria nutre y fortifica la vida nueva.

10. El camino estrecho y cubierto de espinas (Cf. *Mt.* VII, 13-14) conduce en esta vida al estado de iluminación por la luz séptuple; es allí donde se descubre la entrada al «sancta» del templo.

11. El adolescente de la vida divina, iluminado por la Sabiduría (Cf. *Sab.* VII, 7) llevando la cruz busca el interior de la tierra. ¡Feliz si ha conservado el buen vino (Cf. *Jn.* II,10), el vino de la fuerza, de la pureza y de la castidad!

12. Él conocerá la composición del mundo, la acción de los elementos (Cf. *Sab.* VII, 17), los descompondrá en efectos y los reducirá a sus principios y, uniendo el Sol y la Luna, encontrará la medicina verdadera: un tesoro cuya posesión le procurará las cualidades de un verdadero filósofo, y le mostrará su aptitud para entrar en el santuario del Templo de la Gracia y de la Naturaleza.

13. La consumación de la gran obra filosófica que presenta el espejo de la Sabiduría, donde se contempla todo lo que ha sido, tal como ha sido, y todo lo que es y será, la consumación de esta obra, digo yo, unida a la consumación de la vida de la cruz por una muerte interior con el Salvador, abre la entrada del santuario del templo, de la región paradisíaca de la luz (Cf. *Gén.* II, 8); de la habitación del Edén renovado (Cf. *Ap.* XXI, 1-23); de la morada de los más grandes Sabios que poseen todos los dones apostólicos (Cf. *Mt.* X, 8); de los verdaderos pastores (Cf. *Jn.* X, 2); de los sacerdotes que ofrecen siempre a Dios un sacrificio puro; de los reyes que son dueños de ellos mismos y de la Naturaleza. (II *Tim.* II, 11-12.)

14. La palabra todopoderosa, el «Fiat» del Creador y su espectro; ellos reciben el globo imperial de manos de la victoria que llevan al mundo con Jesús-Cristo y en Jesús-Cristo. (Cf. *Jn* XVI, 33.)

15. Por la reunión del Sol y de la Luna, de lo activo y lo pasivo, resulta la unidad que es el mayor de los misterios de la renovación de la criatura.

16. Esta corona de todos los misterios de la Naturaleza sirve para adornar el altar del santuario, iluminado solamente por la luz del Cordero sin mancha, cargando sobre sí los pecados del mundo.

17. La sangre preciosa de este Cordero, inmolado para la salvación del mundo, es una tintura que lo renueva todo.

18. La rosa del Paraíso, que empieza a abrirse al mismo tiempo que el que lleva la cruz a cuestas entra en la vida, entra en la ruta de la vida renovada, acabada de abrir sobre una tierra nueva y del todo vivificada; y esta tierra es para él un lugar de solaz y reposo, después de su recorrido por el penoso camino de la cruz.

19. La caída del primer hombre le expulsó, y con él a todo el género humano, de la morada del Edén que los hombres consumados en la regeneración descubren de nuevo, y para siempre, en el templo de la Gracia y de la Naturaleza.

20. Esta caída causa los dolores del nacimiento y de la muerte (Cf. *Gén.* III, 16; *Rom.* V, 12), propaga la maldición sobre la tierra, la cubre de zarzas y espinas, y obliga al hombre a comer el pan con el sudor de su frente. (Cf. *Gén.* III, 17-19.)

21. El pecado, habiendo desarrollado en el hombre las siete cualidades de la naturaleza animal, corrompió la tierra (Cf. *Gén.* VI.11) y sometió a la criatura a la vanidad, bajo cuyo yugo suspira por su libertad hasta la liberación de los hijos de Dios. (Cf. *Rom.* VIII,20-22.)

Apéndice

Abreviaturas del Antiguo y del Nuevo Testamento

Abd.	Abdías	*Flm.*	Filemón
Act.	Actos	*Flp.*	Filipenses
Ag.	Ageo	*Gal.*	Gálatas
Am.	Amós	*Gén.*	Génesis
Ap.	Apocalipsis	*Hab.*	Habacuc
Bar.	Baruc	*Heb.*	Hebreos
Cant.	Cantar	*Is.*	Isaías
Col.	Colosenses	*Jds.*	Judas
Cor.	Corintios	*Jdt.*	Judit
Dan.	Daniel	*Jer.*	Jeremías
Dt.	Deuteronomio	*Jl.*	Joel
Ecl.	Eclesiastés	*Jn.*	Juan
Eclo.	Eclesiástico	*Job*	Job
Ef.	Efesios	*Jon.*	Jonás
Esd.	Esdrás	*Jos.*	Josué
Est.	Ester	*Jue.*	Jueces
Ex.	Éxodo	*Lam.*	Lamentaciones
Ez.	Ezequiel	*Lc.*	Lucas

Lev.	Levítico	*Re.*	Reyes
Mac.	Macabeos	*Rom.*	Romanos
Mal.	Malaquías	*Rut*	Rut
Mc.	Marcos	*Sab.*	Sabiduría
Miq.	Miqueas	*Sal.*	Salmos
Mt.	Mateo	*Sam.*	Samuel
Nah.	Nahúm	*Sant.*	Santiago
Neh.	Nehemías	*Sof.*	Sofonmías
Núm.	Números	*Tes.*	Tesalonicenses
Os.	Oseas	*Tim.*	Timoteo
Par.	Paralipómenos	*Tit.*	Tito
Pe.	Pedro	*Tob.*	Tobías
Prov.	Proverbios	*Zac.*	Zacarías

Índice

BIBLIOTECA ESOTÉRICA

En 1979 Juli Peradejordi fundaba la BIBLIOTECA ESOTÉRICA en el seno de la desaparecida Editorial 7 1/2 a raíz de la publicación de *El Libro de Henoch* en una colección denominada SERIE ESOTÉRICA.

La BIBLIOTECA ESOTÉRICA vivió muchos avatares tras el cierre de Editorial 7 1/2, y sus libros aparecieron como setas en diversos sellos editoriales (Nuevomar, Prisma, Yug, Glauco, etc.) Lamentablemente, la calidad y el criterio que dirigían el proyecto inicial brillaron por su ausencia en las posteriores publicaciones realizadas bajo el sello de BIBLIOTECA ESOTÉRICA, en la que cualquier autor, por dudoso que fuera, tenía cabida si se costeaba él mismo la edición.

En tal estado de cosas, retomamos hoy el proyecto BIBLIOTECA ESOTÉRICA, deseosos de volver a rescatar aquellos textos olvidados, perseguidos u obviados que le recuerdan al lector sus verdaderos orígenes.

El ser humano posee, por naturaleza y por gracia, el nostálgico recuerdo de una vida de luz y belleza que rara vez consigue vislumbrar durante su peregrinación por este planeta. El mundo moderno, por naturaleza hostil a esta búsqueda, desprecia y combate cualquier intento de reintegración espiritual.

El objetivo de esta BIBLIOTECA ESOTÉRICA es hablarnos de lo más interior y profundo del ser humano, ayudándole a reencontrar el acceso a la gnosis perdida. El propósito de las diversas ciencias tradicionales es operar la regeneración del hombre, la metamorfosis de su ser entero. Partiendo de una antropología cósmica, no les interesa estudiar al hombre sólo como animal racional y al mundo visible como única realidad, sino profundizar en el misterio cósmico que encierran el ser humano y la creación entera.

CRISTIANISMO TRADICIONAL — EXOTERICO DOGMAS

MISMA DOCTRINA SIMBOLOGIA

CRISTIANISMO GNOSTICO — ESOTERICO

VERDADES "REVELADAS" AL SUBCONCIENTE INTUICION NO-DOGMATICO

OTROS TÍTULOS

56 CUENTOS PARA BUSCAR A DIOS
Julio Peradejordi
EL LIBRO DE HENOCH
Prólogo de Andreas Faber-Kaiser
LA METAFÍSICA ORIENTAL
René Guénon
EL ZOHAR
El Libro del Esplendor
SEFER HA BAHIR
El Libro de la Claridad
EVANGELIO SEGÚN TOMÁS
Anónimo
POEMAS MÍSTICOS
Kabir
TAO TE KING
Lao Tzú
TEXTOS Y GLOSAS SOBRE EL ARTE SAGRADO
Raimon Arola
LAS BODAS ALQUÍMICAS DE CHRISTIAN ROSACRUZ
Juan Valentín Andreae
WU WEI
Henri Borel
EL LIBRO DE LAS HIERBAS
Paracelso
EL MISTERIO DEL SACRIFICIO
Sédir
CONCLUSIONES MÁGICAS Y CABALÍSTICAS
Pico della Mirandola
RUBAYATS
Rumi
LAS ESTATUAS VIVAS
Raimon Arola
GUIA DE DESCARRIADOS
Maimónides
EL MISTERIO DEL SACRIFICIO
Sédir
HEPTAPLUS
Pico della Mirandola